

PUNTO
ROJO

whisky para lobos

peter debry

Ba

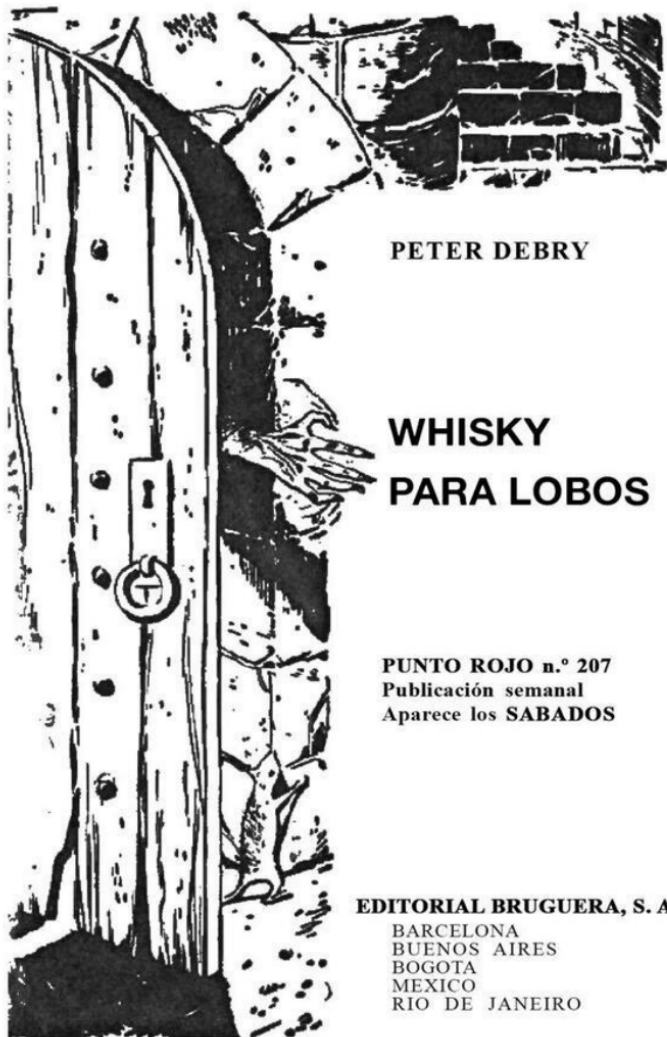


WHISKY PARA LOBOS

IRMA
BLONDEL

ERIC JORDAN





PETER DEBRY

WHISKY PARA LOBOS

PUNTO ROJO n.º 207
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B. 11.081 – 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: abril, 1966

© PETER DEBRY – 1966
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA – 1966
sobre la cubierta

© COSTA y ALTAMIRA – 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

CAPÍTULO PRIMERO

Flambert pensó fugazmente que estaba viviendo sus últimos minutos. Por dos veces había logrado liberarse de uno de sus dos atacantes.

Pero ahora los tenía encima. El más flaco intentaba sujetarle ambos brazos, mientras las manos del más compacto iban cerrándose en torno a su garganta.

Lo aplastaban contra el muro y se adhería el mentón al pecho para protegerse el fuelle respiratorio de la tenaza de las grandes manos sudorosas.

Sentía la frialdad de los ladrillos en la nuca, pero su estrangulador iba afianzando progresivamente sus manos.

El día caluroso se convirtió en roja neblina. Apenas podía ya respirar. El dolor comenzaba a paralizarle hombros y brazos. Pero se debatía desesperadamente en agónico esfuerzo.

A lo lejos, más allá del zumbido de cascada que mosconeaba en sus tímpanos, le pareció oír el ronquido de un carro de combate.

Reunió el resto de sus fuerzas para alzar violentamente la rodilla. El agente enemigo abrió las manos, y doblado por la cintura, retrocedió, imprecando entre gemidos.

Flambert se sacudió como un perro rabioso y el otro agente, rebotando contra el muro, pugnó por recobrar el equilibrio.

Flambert, agotado, supo que ya no resistiría otro ataque. Su voz resonó agudizada por la fatiga y el miedo:

—¡Socorro! ¡Por favor, auxilio!

A la entrada del callejón divisaba vagamente el uniforme de camuflaje de un paracaidista.

El gordo que se disponía a rematarlo, volvió la cabeza, alarmado. El otro se separó del muro. Ambos, tras un titubeo, emprendieron una retirada nerviosa.

Solamente dieron tres o cuatro pasos.

Para Flambert, adosado a la pared, y jadeante, los disparos resonaron como cañonazos. Después, silencio.

Los dos agentes enemigos yacían como fardos de ropa sucia. El gordo estaba boca abajo, su cabeza reposando sobre la acera. Una mancha roja aparecía en la base de lo que había sido su cráneo.

El más flaco tendido sobre las espaldas, tenía un boquete en la garganta. En sus dilatados ojos había la expresión de reproche y de sorpresa de los que mueren violentamente.

Flambert contempló a su salvador. Un sargento paracaidista, agregado a la dotación de un carro, a juzgar por los prismáticos y porta-mapas suspendidos del cuello.

Ahora el enorme «Colt» parecía pesarle al extremo del brazo colgante. Un hilillo de humo azul brotaba de la boca del cañón y se convertía en plomizo al ascender por la diestra.

Los ojos de aquel sargento le produjeron a Flambert un escalofrío en aquella tarde calurosa del agosto argelino.

Unos ojos de un gris metálico, glacial. Contemplaban los dos cadáveres con inmensa satisfacción.

Muchos años de experiencia en el servicio secreto francés le habían permitido a Flambert leer la verdad en los ojos de los demás.

Aquel desconocido era un técnico de la ejecución, un asesino mercenario. Era un asesino nato que mataba por imperativo vital, como si respirase.

Seguía contemplando a los dos muertos con los labios ligeramente alzados a un lado, en rictus amable. Porque era un hombre joven, guapo, de agradable aspecto, cuando en sus ojos no relucía aquel brillo metálico.

—Gracias, sargento. Me llamo Flambert.

—Y yo Jordan. Adiós.

Se alejó con elástica zancada de felino.

Y Flambert pensó que algún día, tal vez le convendría conocer más a fondo al que, las circunstancias, bajo forma de guerra en Argelia, habían convertido en sargento Jordan, un ejecutor con uniforme.

Pero transcurrieron dos años antes que volviera a verle. Fue en primavera y recién ascendido a la jefatura del Departamento de Seguridad Interior del Despacho [1].

Estuvo ausente para arreglar en Berlín un caso de agente doble

que intentaba vender informes a un servicio aliado. Resuelto el caso, a su regreso halló sobre su carpeta una colección de mensajes urgentes.

Todos redactados en términos enérgicos, reclamando su inmediata presencia ante el Jefe Supremo, alias «el Viejo».

Escanciando fuertes dosis de *whisky* en los dos altos vasos, «el Viejo» expuso incisivamente:

—No daré rodeos. En una semana ha habido dos «fugas» de documentos en las oficinas de investigación aeronaval. Y tuvo que ser la maldita policía la que detuviera a un oficial piloto y a una taquimeca bajo inculpación de violación de la ley sobre secretos de Estado. Y nosotros en el limbo, mi estimado amigo.

—Oiga, yo estaba en Berlín...

—¡Eso no es lo que importa! Un enjambre de diputados y casi toda la Prensa vociferan proclamando la ineptitud del servicio de seguridad. Reclaman una cabeza. La mía. No me fastidie ahora alegando su ausencia. ¿Qué opina de todo este lío?

—Acabo de llegar, señor, y apenas he tenido tiempo de echar un vistazo al resumen sobre la situación, aunque me parece bastante mala.

—¿Mala? Desastrosa, eso es lo que es. Este asunto podría desembocar en una nueva investigación pública. En dos años, es ya la octava vez que he tenido que arrastrarme ante el primer ministro. Para él, para la Prensa y para la mayoría del público, este asunto apesta a podrido. Casi nos acusan de traficar con secretos.

—Sí, pero nosotros mientras no tengamos el expediente concluso, no...

—¡Eso es! Sabíamos que el condenado piloto y la maldita taquimeca trataban de vender documentos. Pero, como siempre, no podíamos actuar sin tener terminado el expediente de cargos. Sólo entonces podíamos entregarlos a la justicia. Pero mientras, la maldita policía política encierra a ambos sospechosos. Y nosotros, de lobos malvados pasamos a ser bobos rematados. ¿Un poco más de *whisky*?

«El Viejo» respiró a fondo sirviendo otras dos raciones de Chivas Regal.

Flambert se dispuso a hacer una sugerencia. Algo que derribaba los pilares de la rutina normal y administrativa. Murmuró:

—Por lo menos, si pudiésemos actuar directamente...

—¡Acertó de lleno, querido amigo! Es exactamente mi idea. He pensado en un plan, algo radical y desagradable, pero no veo otra alternativa, ¿comprende?

—Sí, señor —mintió Flambert, subordinadamente.

—Toda esta gentecilla que vigilamos veinticuatro horas diarias... personal del Gobierno, de las embajadas, de los ministerios, sabios y consortes..., pueden ser muy peligrosos. A la menor señal de peligro grave para la seguridad nacional, les saltamos encima. Los liquidamos.

—¿Cómo?

—Los ejecutamos —anunció el jefe incisivamente.

—Nunca le darán la autorización oficial, señor.

—Ni la necesito. Un traidor a la patria no merece tantos miramientos. Aspira a enriquecerse traicionando a su patria, ¿no? Considero un honor proporcionarles la levita de pino, a varios metros bajo tierra.

—Pero este sistema es contrario a todos los principios del mundo libre.

—¿Quién respeta los principios en nuestra condenada guerra fría? ¿Los traidores? ¿Nuestros enemigos? Nuestro deber es contener la oleada. Reduiremos las «fugas», y los candidatos a traicionar, se lo pensarán mucho. Ya conoce el refrán. Hazte miel y se hincharán las moscas. Mano dura y todos santos. ¿De acuerdo?

—Así, en líneas generales, admito que...

—¡Claro! No diremos nada a ningún ministerio. Y sobre todo, ni palabra a la maldita policía política que mientras nosotros nos entretenemos rellenando expedientes, encierra a los sospechosos. Y así, hasta aparecemos como cretinos en el mejor de los casos, o como casi cómplices.

—Pero si uno de nuestros agentes se encarga de ejecutar, entonces...

—Se trata de un problema muy nuestro, interno y privado, que solamente nos concierne a nosotros, pero, lógicamente, debemos evitar que nos relacionen con la justiciera acción de suprimir a los traidores.

Asintió Flambert. Había opuesto cierta resistencia por puro compromiso de conciencia. Prosiguió «el Viejo»:

—Nadie ha de saber nada, aparte usted, yo y el tipo que usted contratará. Lo enrolará bajo una sigla convencional. Por ejemplo, «E», de ejecutor. Nosotros dos confrontaremos nuestras pruebas y usted decidirá cuándo apretar el botón que ponga en marcha a su agente ejecutor.

—No creo tan fácil hallar a un hombre que reúna estas extrañas cualidades de ejecutor, silencioso y leal.

—No hace muchos años, en el oeste americano, las asociaciones de honrados ganaderos, contrataban pistoleros profesionales. Nuestra misma sociedad paga un honrado salario a sus verdugos. Busque esto. Un pistolero frío y profesional. Nosotros somos los ejecutivos y necesitamos un ejecutor. A su salud, Flambert.

Bebieron. Al relamerse, «el Viejo» semejava más que nunca, un lobo humano, endurecido en la tenebrosa guerra despiadada de los servicios secretos. Apuntó con el índice a su lugarteniente:

—Páguelo bien, Flambert. Unos cinco mil francos fuertes al mes, por ejemplo. Pero nada de enrolar un gamberro sádico de Saint-Germain o un licenciado de presidio. Quiero un joven de agradable aspecto. Y que podamos estar seguros de su lealtad a Francia. Entre paréntesis, ¿hoy en día cuánto vale en dinero la lealtad? Soy anticuado, ¿sabe? Antes éramos patriotas y leales, gratuitamente.

—Sí, pero nosotros pretendemos enrolar un simple ejecutor. Puedo conseguirlo, con una paga mensual de cinco mil, además de piso y coches...

—Los detalles corren de su cuenta. Quiero resultados positivos y rápidamente. Póngase ya en marcha.

Llegaba Flambert a la puerta cuando su jefe añadió:

—Sobre todo, hay un detalle importantísimo. Las ejecuciones han de aparecer como muertes accidentales. No quiero complicaciones.

—Me pide usted un mirlo blanco. Inteligente, audaz, ejecutor a sangre fría y con escrúpulos patrióticos.

—¿Por qué esos escrúpulos?

—Porque salvo ser muy patriota, ningún hombre aceptará mi oferta.

—No desespere nunca, Flambert. Siempre existe el ejemplar humano que se necesita. Basta saberlo buscar.

Por el largo corredor pensó Flambert en elegir entre su equipo

privado de agentes de choque, al más apropiado para aquel extraño empleo de ejecutor muy secreto.

Pero al atravesar la sala de informaciones generales, el Destino hizo su elección.

La sala parecía la de Redacción de cualquier rotativo importante. Una gran mesa con dos hileras de teléfonos, y seis universitarios seleccionando informaciones.

Tras ellos, tres teletipos delicadamente manipulados por un trío de activas jóvenes que cortaban y llevaban cables. Armarios archivadores. Un larguísimo pupitre doble. La mesa de Prensa, con tres hombres y cuatro mujeres, especialistas, cortando y clasificando noticias de todos los periódicos y revistas mundiales.

Al llegar al extremo del largo pupitre le llamó la atención la portada de una revista. Lucía en ella su opulento busto una famosa actriz. Flambert respingó.

En el triple montón de revistas, la portada de la segunda hilera representaba un joven de agradable aspecto, deportivo, de roja camisa, blanca cazadora y ojos grises, fríos y sarcásticos.

La revista se dedicaba a casos criminales. El joven de la foto bajaba los peldaños de una escalinata. Al pie de la foto se leía:

«Eric Jordan abandona el Palacio de Justicia, tras declarar sobre la muerte de su socio Félix Robert».

Sentándose en el taburete, se abismó Flambert en la lectura del reportaje, cuyo título era muy propio de aquel panfleto de sucesos:

«LA MUERTE DEL PROPIETARIO DEL REFUGIO DE LOS PÁJAROS»

»Su socio, Eric Jordan, declara que Félix Robert cayó del granero.

»El juez de primera instancia ha emitido un veredicto de muerte accidental para el caso de Félix Robert, copropietario de la cafetería “Refugio de los Pájaros”, que murió el sábado a consecuencia de una caída aparatosa.

»Su socio, Eric Jordan, declaró que el sábado por la noche acompañó a Robert al granero de un garaje

anexo a la cafetería para ayudarle a bajar varias cajas de *whisky*.

»Robert empezaba a subir la escalera que lleva al granero cuando Jordan fue reclamado desde el local. Al regresar, minutos después, encontró a su socio tendido en el suelo del garaje, gravemente herido.

»El doctor A. Luguet ha declarado que Robert sufrió una fractura de cráneo seguida de hemorragia cerebral. Añadió el forense que todo indicaba que la víctima resbaló al izarse a través de la compuerta.

»Félix Robert, que era un ornitólogo muy competente (el Refugio de los Pájaros contiene más de 600 ejemplares raros), se había establecido en la ciudad de Meulan hace apenas dos años, con su esposa, adquiriendo un viejo café local. Asociándose con su amigo Eric Jordan, transformó el antiguo negocio en la pintoresca cafetería llamada el “Refugio de los Pájaros”, que pronto se hizo famosa y muy concurrida.

»En octubre pasado, la esposa de Robert falleció a consecuencia de un accidente de tráfico.

»Eric Jordan ha declarado para nuestra Gaceta: “Ha sido un golpe tremendo para mí. Félix y yo fuimos compañeros en el Ejército. Él se había licenciado unos meses antes que yo. Ahora me resulta insoportable seguir aquí. Probablemente venderé el negocio”».

Cerrando la revista, Flambert evocó el incidente de QuadBelAbes. Uno entre tantos y que casi había olvidado. Pero ahora lo recordaba muy claramente. Veía los dos cadáveres, y a Jordan en pie, con dos trocitos de hielo por mirada y torcida la boca en rictus de complacencia.

Apenas estuvo en su despacho conectó el micrófono privado:

—Acabo de pensar en el sujeto idóneo para su plan, jefe.

—Es ya su plan, mi querido Flambert, y a usted le toca arreglárselas.

—Bien, pero necesitaré por lo menos una semana para contactar, y convencer a nuestro agente ejecutor.

—Cuatro días y dispuesto a funcionar su «E». Suerte.

Flambert charló por cantinas y bares, visitando campamentos militares, y exparacaidistas y tanquistas, de la campaña argelina, y compañeros de colegio de Eric Jordan.

Averiguó cómo se comportaba Jordan con las mujeres. Tenía mucho éxito entre ellas. Perdió dos buenos empleos por llevarse de vacaciones a la secretaria.

La esposa de Félix Robert había sido una hermosa rubia. Malas lenguas aseguraban que ella tenía una gran afición al *whisky*, que compartió luego con una enorme idolatría por el joven Jordan.

Amoríos y *whisky* habían terminado trágicamente con las huellas de un brusco frenazo a medianoche que no impidió que su coche se estrellase contra un árbol.

Al parecer, Jordan tanto ganaba, tanto gastaba. Últimamente andaba algo corto de dinero. Con todos estos chismorreos, obtuvo Flambert una serie de versiones, pero ninguna absoluta.

No consiguió ninguna prueba concreta que permitiese asociar al actual Jordan con el maníaco del asesinato que creyó reconocer en el sargento que le salvó en la callejuela de Ouad-Bel-Abes.

Todo parecía indicar que los dos Robert habían muerto accidentalmente y Jordan nunca estuvo mezclado en negocios sucios.

Pero ¿y si fuese precisamente un individuo inteligente que sabía convertir en accidentes las eliminaciones?

Porque Flambert estaba convencido de que su instinto nunca se equivocaba. Para él Eric Jordan era un mercenario de la muerte.

Y sería su agente ejecutor.

La entrevista produjo en Flambert la impresión de bailarse ante un excelente actor. Guapo, amable, burlón a veces.

Le reconoció en seguida.

El «Refugio de los Pájaros» estaba rodeado de jardines con glorietas y pajareras. El bar tenía en su puerta el letrero clásico: Cerrado por defunción.

A las persistentes llamadas de Flambert, vino a abrir Eric Jordan. Mocasines, tejanos, camisa a cuadros grises y blancos.

—Buenas tardes, sargento Jordan.

—Jordan, sí, sargento, no. Agua pasada. ¿Un *whisky*, señor Flambert?

—Tiene usted buena memoria. ¿Cómo sabe que me gusta el jugo de cebada?

—Es la bebida de los triunfadores, según proclama la propaganda. ¿Alguna marca en especial? —Y tras el mostrador señalaba Jordan el estante donde se alineaban los frascos.

—La suya.

—A mí, personalmente, y cuando estoy a solas, prefiero vino francés ligero y espumoso por la tarde. Pero hemos de cuidar la fachada. La apariencia es la que vale. Un peatón es un desgraciado, un bebedor de vino es un borracho, y así sucesivamente.

—Acepto un sorbo de Chivas Regal. ¿Aquel día disparó usted para salvarme la vida?

—Usted pidió ayuda en buen francés. Mi misión era liquidar a los que atacasen a franceses.

Paladeó Jordan su espumoso y saboreó Flambert su *whisky*. Por encima del borde del vaso ambos se estudiaban.

—Sigue habiendo gente que ataca a franceses, Jordan.

—Duro con ellos, pero a mí ya no me tocan más la corneta. Llegué a la conclusión que la guerra es algo definitivamente idiota. Los que ayer se mataban, hoy se abrazan y viceversa.

—Al parecer, vive usted aquí completamente solo.

—Completamente. Hasta que venda el negocio.

—Compro.

—¿Leyó mi anuncio?

—Pagada la hipoteca, aspira usted a veinte mil en efectivo. Le hago una oferta excepcional. Durante diez meses le entrego dos mil a cuenta de la venta. Añado una oferta inmediata de empleo con sueldo mensual de cinco mil, coche y piso incluidos.

Ladeando el rostro contempló Jordan el calendario
«Coca-Cola»

con una rubia que suscitaba mucha sed. Dijo:

—Faltan todavía diez meses para Papá Noel.

—Todo tiene su explicación.

—Explíqueme primero por qué ofrece pagarme en diez plazos.

—Con veinte mil en mano usted malvivirá o se dará la vida padre durante unas semanas. Luego, ¿qué?

—En el Vietnam enrolan mercenarios luchadores. También en el Congo.

—Sí, pero la paga es corta. Yo en cambio, le ofrezco un empleo estable. Piso en París, coche que usted elija, y cinco mil por mes, aparte de sus dos mil de plazo por la venta.

—Una oferta indiscutiblemente formidable. Prodigiosa. Soy todo oídos.

—Sabrá lo que es el Segundo Despacho francés.

—Me hincho de leer novelas a ratos perdidos.

—Yo me ocupo de la Seguridad Interior de nuestro servicio. Tenemos traidores en potencia y de todas clases. Quieren hacerse ricos pronto. Vendiendo información.

—Ya. Al tener la prueba de su traición, basta con meterlos entre rejas.

—Somos demasiado meticulosos. Muchas veces se nos anticipa la policía política. Aparecemos como ineptos. O lo que es peor, nos pueden acusar de cómplices por negligencia. ¿Va comprendiendo?

—Atisbo algo. Siga, por favor.

—Una vez tengo las pruebas concretas del inicio de traición, necesito eliminar al traidor o traidora, pero no puedo realizar la ejecución personalmente.

—¿Por qué? Es usted un patriota y un hombre de acción.

—Sí, pero soy muy conocido de las autoridades como jefe de Sección del Segundo. ¿Me sigue?

—Perfectamente. Necesita un agente ejecutor. ¿Por qué me eligió a mí, precisamente?

—No tiene antecedentes. No pertenece a mi servicio. Le vi en acción allá en Argelia. Luchar allá o aquí, es lo mismo. Es un servicio patriótico. La remuneración es elevada, porque...

—Porque puedo perder la piel. Lo mismo que allá, en efecto. Sólo que allá pagaban mucho menos. ¿Le parezco cínico?

—Realista, positivo y sincero.

—Bien. A sus órdenes, señor. ¿Qué grado debo darle?

—Simplemente llámeme Flambert. Tendrá que obedecer fielmente mis instrucciones. Yo le señalaré la persona que ha de ser ejecutada. Le aleccionaré en los diversos procedimientos para que dichas ejecuciones aparezcan como accidentes.

—En caso de fallar, si sobrevivo, la policía me interrogará.

—Allá usted. Yo, ni le conozco. Si alude a su empleo, le acusaré de imaginativo.

—Comprendido.

—Supervisaré personalmente sus diversos entrenamientos. Tendrán lugar en cierto campo ultra-secreto. El aprendizaje del código y contraseñas, será lo más laborioso. Para el resto, le juzgo sobradamente capacitado.

Un mes más tarde, una empleada del Ministerio de la Guerra fue arrollada por el «metro» en la Estación de Saint-Michel. Un accidente.

Siguieron varias defunciones accidentales. La de un diplomático francés, en Beirut. Fue hallado con un balazo en la sien, tendido en el jardín de una casa de mala fama. Un suicidio.

Un oficial de la Armada apareció flotando en aguas del puerto de Brest. Tenía mucho *whisky* en el cuerpo. Debió resbalar.

El fallecimiento de aquellos funcionarios sospechosos de traición, satisfizo mucho al Número Uno del Servicio de Seguridad Interior.

Al leer las esquelas en la Prensa, conectaba su intercomunicador directo con el despacho del Número Dos.

—Mi enhorabuena, Flambert. Su agente «E» es efectivo y limpio.

—Fueron realmente accidentes, señor.

—Ya, ya, no lo dudo, ni nadie lo pone en duda, viejo lobo. Es también lógico que se mantenga usted en su papel de discretísimo ejecutivo.

La risita del «Viejo» semejaba el gruñido complacido de un lobo aprobando la reserva y astucia de un magnífico ejemplar de su mismo pelaje.

El exceso de reserva y discreción no le disgustaban. Todo lo contrario. Así, y en su día, los únicos responsables serían Flambert y el desconocido agente «E».

CAPÍTULO II

Saliendo del cuarto de baño, Eric Jordan atravesó su lujoso dormitorio y el espejo vertical de su ropero le devolvió su imagen. Un cuerpo viril, elástico y bien proporcionado.

En *slip* y camiseta de manga corta podía posar para una propaganda de atleta juvenil. Revistió una camisa de popelín cremoso, y del porta-corbatas eligió una de seda bronceada.

Armonizaría con su traje tabaco claro. Al ajustarse el cinturón pensó fugazmente en Flambert. Nunca sabía si le inspiraba gratitud o rencor.

Por un lado estaba aquel piso, el «Jaguar» blanco de carrocería especial, la paga generosa y una existencia con todas las comodidades. Por otro, la orden escueta designándole un punto del mapa y la identidad de la persona que debía morir.

Deslizó el brazaletes de su reloj. Eran las diez y media de la mañana. La hora de partir. Recogió su maletín recubierto de etiquetas de hoteles de Primera A.

Colocándolo sobre la mesita del *living*, hizo funcionar el resorte que abría un compartimento especial de la mesita. Apareció en su lecho de terciopelo negro, la automática de corto cañón y culata de nácar. Comprobó el mecanismo y deslizó el arma en la funda de piel cosida a un lado de su pantalón. En la segunda funda sobre la otra cadera encajó, los tres cargadores de recambio.

El teléfono campanilleó y al aplicarse el auricular al oído oyó la deliciosa voz de Irma. Grave y a la vez chispeante:

—Buenos días, Ric. Estoy a punto de salir. ¿Todo va bien?

Solamente oírla ya le producía un grato cosquilleo. Hasta entonces había sido inconquistable. Ahora contaría con la complicidad de las palmeras, y el rumor de resaca de la Costa Azul.

El espectro de Flambert se deslizó de nuevo, furtivamente, en su mente. Llevarse a pasar el fin de semana a la Costa Azul a la propia

secretaria personal de Flambert, era muy emocionante.

—No te preocupes, guapa. Tu patrón nunca se asoma el sábado por su despacho antes del mediodía. Y por entonces estaremos contemplando el bello azul marino.

—¿Y si él se entera?

—Hasta el lunes eres libre, ¿no? Abajo la esclavitud. Pero por si acaso, recuérdalo. En el avión, ni me conoces. Te instalas delante. Yo estaré a popa. Nos encontraremos por casualidad en la parada de taxis del aeropuerto de Niza. ¿Todo claro?

—Perfectamente, Ric. Hasta el mediodía, allá en el bello azul marino.

Ella colgó. Él, marcó unos números. Tras el zumbido, una voz femenina tajante y decidida, anunció:

—Mandarín Club.

Era la contraseña del día. Replicó él:

—Comuníqueme con el Dos-Cinco.

—Un minuto.

Percibió el clic de cambio de línea y una voz masculina manifestó:

—Dos-Cinco. Servicio Permanente.

—Habla «E». Tengo un permiso de tres días y deseo tostarme un poco al sol.

—Un momento, por favor —y tras la pausa, el burócrata del Segundo Despacho participó—: Comprobé, y en efecto, tiene usted tres días libres.

—En caso de urgencia, transmitan al Hotel Miramont, en Menton, Alpes Marítimos.

Colgó. Por lo menos, cumplía con la parte del reglamento que le exigía dar siempre su paradero. Su verdadera identidad solamente la conocía Flambert. Volvió a sentir la crispación en su estómago.

No era temor a la reacción posible de Flambert.

Había algo que Eric Jordan temía con pánico casi infantil. Viajar en avión. Por más que se esforzase, siempre el miedo se filtraba en sus vísceras cuando el aparato se disponía a despegar de la pista.

Abrochado el cinturón de seguridad, cerró los ojos, pero el cuadro tan temido se le apareció claramente. El «Comet» vibrando, frenos soltados, y las gigantescas ruedas fustigando el asfalto.

El ángulo de ascensión se alargaba y de pronto el hipo terrible

de un motor parándose, o un error muy humano del piloto. Y la máquina volante se zambulliría silbando hacia la dura tierra.

Hasta podía ver el título: «Accidente aéreo en el Aeropuerto de Orly». Veía también la foto. La cola rota apuntando al cielo entre bruma de humo negro.

Trató de dominarse. El miedo era irracional. Las estadísticas demostraban que había menos probabilidades de morir en vuelo que pisando suelo.

Abriendo los ojos miró en torno. Sus desconocidos compañeros de viaje aparecían todo calmosos, serenos. En apariencia. Posiblemente, por dentro también sentían aquella garra helada retorciendo vísceras.

Por suerte, Irma no estaba sentada a su lado. Bajaría muchos grados en su estima, si supiera que «E», agente especial de la Seguridad Interior, se transformaba en gelatina al instalarse en un avión.

El cartel luminoso se apagó. Ya podía fumar. No lo hizo. Presionando el botón bajo el brazo de su asiento, inclinó el respaldo y cerró los ojos esforzándose en olvidar el ronquido de los motores.

Prefirió pensar exclusivamente en Irma, la fascinante, la escultural maravilla de rojos cabellos.

También pensó Flambert en Irma, pero maldiciéndola, cuando en su despacho repicó el teléfono. Hasta recordar que era fin de semana. Ella estaba libre.

Entró, colgando su sombrero de la percha, y ladró en el aparato:

—¡Flambert!

—Dos-Cinco participándole que «E» ha salido de viaje.

—¿Cuándo?

—A las once y quince. Vuelo a Niza. Por el «Comet».

—Bien, ¿y qué? Ayer quedó inscrito con tres días de permiso.

—Sí, pero hay un detalle, señor. Nuestro enlace en el aeropuerto reconoció a una pasajera del mismo vuelo. Era su... secretaria Irma...

—¡Irma Blondel! —vociferó Flambert—. Aguarde un momento.

Vio entonces sobre su despacho la nota redactada por el servicio de Permanencia:

«Comunica “E”. Alojamiento Hotel Miramont, Menton. Libre de servicio».

—Bien. Enterado. Como simple rutina, hágame remitir el expediente personal de Irma Blondel. Gracias.

Consultó la hora. Faltaban veinte minutos para la una. Ya estaría Jordan alojado. Pidió conferencia con el Hotel Miramont de Menton.

Y mientras esperaba, imaginó diversos suplicios para la pelirroja Irma y el galán Jordan. Ambos atados bajo sendos grifos. Con un trapo húmedo sobre la lengua.

Bastaba dejar manar un hilo de agua sobre el trapo. Los efectos conjuntos de la respiración y deglución obligaban al trapo a ir descendiendo por la garganta.

Según los técnicos, esto producía una sensación atroz de asfixia. Oía ya los gemidos pidiendo misericordia de Irma y «E», cuando la telefonista le participó:

—Hotel Miramont. Al habla, señor, con recepción.

Una voz almibarada le hizo saber:

—Hotel Miramont. Recepción. Buenos días, señor.

—Deseo me indiquen si llegó una joven pelirroja llamada Irma Blondel.

—Un minuto, señor.

La pausa fue breve.

—Lo siento, señor. No tenemos registrada a ninguna cliente con estos nombres.

—Tenga la bondad de mirar si hay reserva para un tal Eric Jordan.

—Tenemos una reserva para un matrimonio. Señor y señora Jordan.

—Muchas gracias.

Dejando el aparato en su horquilla, Flambert meditó. Irma sabía muchas cosas, pero no podía saber quién era realmente Jordan. Ni en que consistían sus misiones.

Había muchos jóvenes de agradable aspecto que eran simplemente traductores, periodistas, oficinistas del Segundo Despacho, sin acceso a ninguna sección especial.

Una mujer obesa, con gafas de miope, presentó una carpeta y volvió a salir en silencio. El expediente personal de Irma Blondel no le aprendió nada nuevo.

Veinticuatro años. Hija de un doctor que se había instalado en el

Sur en el año 50. Ninguna filiación política. Ingresó en el Departamento como eventual en el 62.

Ascendió a subsecretaría en el 64. Dos años en que fue sometida a discreta observación. Desde enero del 65 secretaria personal de Flambert.

Y, por consiguiente, era controlada en sus pasos dos días con sus noches cada mes. Todos los controles daban el mismo calificativo: excelente.

Esto le tranquilizó en cierto modo, pero había algo indefinible que seguía inquietándole.

Más valía extremar la prudencia. Conectó con la sala de operaciones: La conocida voz del oficial de Estado Mayor declaró que estaba escuchándole. Informó Flambert:

—Habla el Número Dos. Eche un vistazo a la plantilla de jefes de grupo en provincias. Y cuando lo sepa, dígame quién es nuestro hombre en la Costa Azul.

Sentados en la terraza del restaurante del aeropuerto de Niza, Darsonval y la rubia paladeaban su *whisky*.

Darsonval era la imagen del cosmopolita distinguido. Fruto del breve enlace entre un oficial mercante ruso y una florista marsellesa el cruce de razas dejó su huella.

Los negros ojos y cabello, así como la blanca y sólida dentadura, los debía a su madre. Los pómulos anchos y salientes, los delgados labios y la corta nariz algo aplastada, eran herencia paternal.

Durante cuarenta años, desde la tierna edad de seis, Darsonval había ejercido numerosos tráficos misteriosos y con frecuencia lucrativos, por toda la Costa.

Vendió documentos a cinco naciones. Adornaba el interior de su solapa con la cintita de la Legión de Honor.

Y al ir madurando, acariciaba un sueño. Llegar a ser el Espía Supremo que tuviera en sus manos el destino de varias naciones.

Por ahora no era más que un minúsculo engranaje en un enorme mecanismo que lo aplastaría inexorablemente al menor resbalón.

El «Comet» empezó a descender hacia la pista. Darsonval acarició la mano de la vistosa rubia.

—Es hora de entrar en funciones, preciosa. Vamos a ver si se parece algo a su hermosa foto.

—¿Ya tenemos que irnos? ¡Se estaba tan bien aquí! —Y Adria Parker hizo un mohín encantador.

Nativa inglesa, residía desde pequeña en Francia. Darsonval tenía sus dudas. ¿Aquella linda criatura era realmente tan excitantemente tonta como aparentaba?

—Antes vayamos, antes terminaremos, monada. Y más pronto tendrás un montón de billetes para comprarte caprichos.

Adria se ajustó las gafas negras y levantándose, se estiró como una gata perezosa. Su perfecta anatomía se adivinó claramente bajo el vestido tenso.

Darsonval suspiró y ella le dedicó una radiante sonrisa:

—Cuando quieras, mi

Dar-Dar

adorado. Vamos.

Mientras atravesaban el comedor, muchos tenedores se paralizaron. Y las miradas masculinas siguieron con deleite a la ondulante Adria.

Darsonval y Adria fueron a detenerse en la sala de espera, confundidos con chóferes hoteleros y amistades que venían a acoger a los viajeros.

Fijos los ojos en el estrecho pasadizo con barreras metálicas por donde debían presentarse los peregrinos en busca del sol de la Riviera francesa, Darsonval abrió una revista.

En su interior había una foto que él mismo adhirió. La de Eric Jordan. La consultó nuevamente, para familiarizarse con el rostro enjuto de claros ojos grises.

Empezaron a irrumpir en la sala los recién llegados. Un hombre llevando dos maletines, seguido de una mujer lívida y un niño lloroso. Dos cándidas jovencitas. Una especie de marimacho elegantísima... Más hombres.

Entornados los párpados, susurró Darsonval:

—Es aquél. Fíjate bien, angelito. El del traje tabaco y corbata bronce.

—Ah, ah... —musitó Adria suavemente—. Está muy succulento.

Cogiéndola del brazo, Darsonval la hizo virar sobre los altos tacones. La llevó hacia la explanada donde esperaba el «Continental Lincoln», negro y blanco.

Al girar la llave de contacto, manifestó Darsonval:

—Iba solo. Tenía que estar con una mujer. Eso me dijeron. Tenemos que comprobarlo. Luego podremos seguirle, y entonces será todo tuyo, monada.

—Verdaderamente es un barbián muy apetitoso —ronroneó Adria.

—Por favor, recuerda que no es un artículo alimenticio, sino un tipo extremadamente peligroso.

—Así me gustan,

Dar-Dar.

Me entusiasma el peligro, si lo comparto con un hombre interesante como tú, o guapísimo como él. Fíjate,

Dar-Dar...

Aspira el aire como si acabase de resucitar.

CAPÍTULO III

Eric Jordan, en la acera, aspiró aliviado una gran bocanada de aire de la Riviera. Era curioso, pero cada región o ciudad tenía su perfume.

Aquí, en la Costa, era una mezcla sutil de tierra cocida, ámbar solar, anatomías desnudas, espíritus vacíos, tabaco rubio y un prosaico toque de ajo y sopa de pescado.

—¿Taxi, señor?

—Sí. Voy a Menton. Hotel Miramont. Pero espero a mi esposa.

—Aquí estoy, amor mío.

Irma Blondel estaba erguida con burlona arrogancia. Sus grandes ojos pardos destellaban chispitas doradas. El traje chaqueta de claro azul, hacía más portentosa su línea.

Su boca, de labios muy henchidos, forzó una sonrisa, y se dulcificaron sus rasgos habitualmente severos.

Jordan la encontró exquisita desde el tacón de sus sandalias hasta la coronilla de la roja melena.

Casi parecía un colegial maravillado, hasta que se recobró y le dedicó un guiño.

—Perfecto, querida. Un segundo sin ti, y me encuentro desamparado.

El chófer fue colocando el ligero equipaje, mientras Irma subía y, al instalarse a su lado, contempló Jordan las rodillas sedosas generosamente exhibidas.

—Querido, percibo lascivia en tu perfil —y tensó ella su falda, en simulacro pudoroso.

—Eres un panorama único, mi vida.

—Pensará que estamos en luna de miel —musitó ella.

El chófer, asiéndose al volante, proclamó:

—¡Recto a Menton, señora y caballero!

Hizo correr el cristal para aislar a sus pasajeros y arrancó. Irma

cogió la diestra de su acompañante y gravemente manifestó:

—No podrás ya decir que me burlo de ti, Ric. Mis reticencias, mis respuestas evasivas, como las calificabas, eran solamente prudencia. Ahora, haré todo lo que pueda y sepa, para hacerte pasar un fin de semana inolvidable...

Apoyó ella el dorso de la mano en los labios masculinos que avanzaban. Y recriminó:

—¿Vas a comportarte como un grosero inculto? No soy una cualquiera, recuérdalo. Ni por la fuerza ni por sorpresa, Ric. Cuando yo quiera, lo sabrás adivinar.

—Maldita sea —masculló Jordan entre dientes.

—¿Decías algo, querido?

—Nada importante. O por lo menos que no sepas ya. Eres la mujer que más logra irritarme y, a la vez, me tienes embobado.

—Será porque estás demasiado acostumbrado a lo fácil. El contraste te sentará bien. No se prolongará mucho, Ric.

Eric Jordan se esforzó, lográndolo, en demostrar paciencia. De momento, el simple contacto de la diestra femenina aprisionando su zurda, le complacía.

Los trámites de inscripción fueron breves. Poco después, en el centro de la habitación, Irma Blondel giraba, brazos abiertos, declarando:

—Es fabuloso, oriental y bracadabrante, Ric.

El decorado era de pastel, pensó Jordan. Cortinas de nylon rosa, amplio balcón y mobiliario merengue. Pero el entusiasmo infantil de Irma era algo nuevo en ella.

—Elegí una «suite» nupcial. Son amplias y discretas.

—¡Absurdo! —Y riendo se lanzó sobre la cama, rebotando en ella—. Ya comprendo por qué el personal nos miraba tan tontamente.

Con la rapidez de un felino se abalanzó él y, pasándole un brazo bajo la sedosa melena, se inclinó.

Ofrecía ella los labios y, de pronto, como si recordase algo, se liberó saltando en pie.

El beso de Jordan resonó chasqueando en el vacío. Y ella dijo:

—Por favor, ahora no, Ric. Tengo que asearme.

—Es verdad. Viajar en avión le llena a uno de polvo y hollín.

—Pareces rabioso, Ric. ¿Por qué te complicaste la vida conmigo?

Sobran pelirrojas bonitas.

—Será que somos tontos y nos gusta aquello que nos incita y rechaza. La atracción de lo prohibido, como dicen los técnicos.

—También dicen que la pasión más inolvidable es aquella que nunca se lleva a realización.

—Y un cuerno. Me gustas. Nada de pasión, Irma. Me gustas. Nada más.

—Y tú también. Aunque a veces me produces algo parecido a temor. Cuando te enojas, hay mucha dureza en tus ojos grises, Ric. ¿Quieres dejarme media hora a solas? Necesito cigarrillos.

—Llama a recepción.

—No tienen mi marca. Anda, sé bueno. Media hora nada más.

—De acuerdo.

En la acera colocóse las gafas negras. Avanzó hasta cruzar y desde la alameda contemplar el incesante espectáculo del mar cambiante.

En la playa sesteaban los adoradores del sol. Pensó en Irma. Cuanto antes pudiera besarla, antes se libraría de su obsesión. Casi dos meses constantes de acoso.

Empezó a caminar sin rumbo. Hasta que mirando la hora, dio media vuelta para regresar. Al doblar una esquina, vio llegar a la joven que acudía a toda prisa.

Quiso esquivar pero la muy torpe chocó de lleno contra su pecho. Lanzó ella un gritito y comenzó a resbalar hacia el suelo.

La retuvo él por la cintura.

—Lo siento, señora..., señorita...

Era rubia, con rostros pueril de muñeca bobi. Vestía un «*short*» blanco y una blusa negra. Ayudándola a mantenerse en pie, comprobó Jordan que la rubia era una preciosidad compacta.

—Ay, mi tobillo... Me lo he torcido, ¡caray!

La exclamación detonaba y sonrió Jordan.

Apoyándose en la pared, agregó ella:

—Creo que voy a marearme, desmontres. Si puedo llegar al hotel, papá ya se ocupará de mi tobillo.

—¿Dónde está su hotel?

—Es el Caravan, en la ciudad antigua —y daba ella pataditas en el suelo, crispando las facciones—. Duele un rato.

—Puedo ayudarla. Tuve la culpa.

—¡Oh, no, no! Fui yo la que corría... Pero si puedo agarrarme a su brazo, creo que llegaré a mi cafetera. La tengo allí —y señalaba los jardines.

—Vamos allá. Será mejor que la lleve así —y Jordan la enlazó por el talle.

Ella se abandonó a la presión y renqueando entraron en los jardines. Al otro lado, en una callejuela estrecha, el «Mercedes» plateado parecía una joya en un estercolero.

Se deslizó ella tras el volante y apoyó los pies en los pedales. Gimió:

—Mi cochino tobillo... No podré conducir.

—Bien, entonces déjeme sitio.

—¡Oh, es usted un sol! ¿No será mucha molestia? ¿No? De veras que es usted un encanto.

Jordan, inclinado sobre el volante, tanteó el cuadrante para familiarizarse. Iba a accionar el contacto, cuando presintió peligro. Se volvió. Pero ya el brazo bajaba. La joven gritó agudamente y algo le deslumbró.

Un torbellino de estrellas y varios planetas fueron describiendo órbitas dentro de su cráneo.

Eric Jordan se desplomó sobre el volante penetrando en una negrura profunda y espesa.

Una docena de enanitos rojos calzando botas claveteadas iban abriéndose paso a puntapiés dentro del cerebro de Jordan. Los veía a través del velo rojizo que le tamizaba la luz.

No sentía otra cosa sino el martilleo bajo su cuero cabelludo. Nada existía en torno. Todo su ser se había reducido a un enorme cráneo lleno de sangre, en cuyo interior se bañaba.

Muy lejos alguien gemía. Y una voz comenzó a susurrar en un estrecho túnel. Sintió sobre su frente algo deliciosamente fresco. Los sentidos regresaban. El susurro se amplificó. Una voz femenina:

La voz sonaba como la de una madre apaciguando a su hijito tras una caída.

—¿Ya va mejor? Poco a poco, no se mueva.

La cabeza fue reduciéndosele. Le creció un cuello. Y volvió a encontrar sus hombros, un busto y mucho más tejos, unos pies.

Abrió los ojos. Por encima suyo, ondulando como un reflejo en un espejo deformante, veía colgar greñas de melena rubia.

Poco a poco los contornos se estabilizaron. La rubia parecía fastidiada. Era él quien gemía. Y la sensación de frescura en la frente, se la proporcionaba la mano de la rubia.

—Ya era hora. Creí que no se despertaría nunca. Quédese tranquilo ahora. No intente sentarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jordan alelado.

Tenía la impresión de que su boca estaba llena de algodón infecto.

—Le golpearon.

—Eso ya me lo sé.

—En la nuca.

—¿Por qué?

—No tengo la menor idea. Yo pensaba que sería usted quién pudiese explicármelo.

—No puedo. ¿Dónde estoy? ¿Dónde estamos?

Sentóse, lamentándolo inmediatamente, porque se vio obligado a agarrarse al recuadro de la cama, hasta que el cuarto dejase de ser una vagoneta de montañas rusas.

—Es una especie de cueva o sótano. Nos hicieron bajar escaleras. Eso lo sé. Pude darme cuenta.

Jordan estaba furioso y a la vez asustado.

—¿Qué diablos ocurre? —Y se palpó mimosamente el pescuezo, hasta dar encima de su oreja derecha con un bulto.

Del tamaño de una ciruela, pero palpitante y dolorosa.

—Creo que nos han raptado —anunció ella en tono confidencial de quién acaba de hacer un gran descubrimiento.

—Impepinable —rezongó él.

—Me pusieron un revólver ante las narices y nos largaron un pinchazo en el brazo. Una inyección.

Instintivamente se palpó encima del codo. Una zona dolorida en la cara externa del bíceps. Esto explicaba si mal sabor de boca.

—Después nos colocaron atrás del coche. Me envolvieron la cabeza en un saco que apestaba, y me dijeron que me quedase tendida y quieta.

—¡Los muy cerdos! ¿La violaron?

—No, no era para eso que me dijeron que permaneciese tendida. Era para que no viese a dónde íbamos.

Miró Jordan su reloj anti-choque. Las siete y veintiocho. Hacía

más de cuatro horas que había salido del Miramont.

—¿Cómo va su tobillo?

—¿Mi... qué...? Ah, casi lo había olvidado. Me trajeron hasta aquí. No me duele. Ha sido usted muy amable, de veras.

—Me trajo suerte.

—¿Por qué nos habrán raptado?

—Ni idea. ¡Uf, mi cabeza!

Jordan sentíase incapaz de pensar con claridad. Nunca le había sucedido algo semejante. Hasta entonces, su única preocupación era Flambert. Era el único peligro que temía.

Nunca se detuvo a pensar que pudiera sucederle algo semejante. Percibió que sus intestinos se enroscaban en triple nudo.

Para acabar de arreglar las cosas, vio una araña subiendo por la pared. Si Jordan hubiese tenido que escribir una lista de las cosas que le eran desagradables, aparte el avión, habría colocado las arañas en primer lugar.

El cuarto era una celda encalada, sin ventana. En el techo, una bombilla protegida por alambre incrustado. La puerta, de recia madera, parecía formar parte del muro.

Por todo mobiliario, una cama. De hospital. Con un colchón de goma espuma. El ambiente era seco y fresco. Aire acondicionado.

Empezó a deducir: Los agresores estaban escondidos en el coche. O sea que ya estaban instalados. Lo que podía significar que era a la rubia a la que querían secuestrar. No a él.

La contempló. Era bonita, en su estilo. De pavita picante. En otras circunstancias, le habría entusiasmado hallarse con ella, a solas, en plena intimidad.

Seguramente era la hija de algún multimillonario...

Sus meditaciones fueron interrumpidas por rumor de cerrojos y cadenas. Se levantaron. La rubia deslizó su mano en la suya. Como una niña protegiéndose para pasar por un bosque tenebroso.

—No tenga miedo —susurró Jordan, esforzándose en mantener su control.

Ella le miró con ojos desesperados e incendiarios.

—Con usted me siento protegida.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Adria. Un nombre idiota, ¿no? Le quité el «na»...

La puerta se abrió.

Lo primero y único que vieron fue el negro ojo de una Browning.

CAPÍTULO IV

El hombre de la Browning tenía cara de camello maligno. Flaco, moreno, de largas mandíbulas y aspecto siniestro.

Su compañero era un híbrido de la raza de Frankenstein. Medía cerca de los dos metros, y sus espaldas eran de una anchura descomunal.

Su rostro le recordó a Jordan la de una máscara oriental. Aplastado, cráneo en cúpula, y expresión estúpida. Los dos llevaban gafas negras. Cara de Camello contempló a Adria:

—Usted, quieta aquí —y el acento tenía vagas resonancias germánicas.

El cañón del revólver describió un arco señalando a Jordan y luego la puerta:

—Usted, venga.

—Suerte —susurró Adria.

Deglutiendo, apretó Jordan la mano femenina. Obediente, dirigióse a la puerta.

El primo de Frankenstein le colocó una mano sobre el hombro: Los dedos parecían plátanos. Se incurvaron sabiamente, tocando los tendones del cuello.

Un toque que producía un dolor similar a una descarga eléctrica.

Pasado el umbral, Jordan se encontró en una antecámara pequeña, recubiertas sus paredes con pana negra. La puerta se cerró tras ellos.

La oscuridad era total. Sentía la mano del monstruo, oía la pesada respiración y el rascar de cerrojos. Luego sintió la pistola en la nuca:

—¡Ale, hop!

Fue un grito de mando, aullado en su oído, y acompañado de un empujón de manos en los riñones.

Jordan salió proyectado, atravesó un cortinaje negro, y penetró

en un halo deslumbrador de luz.

Tropezando de espinillas con algo, se detuvo tambaleante, encorvándose sobre el respaldo de una silla.

—Buenas noches, Eric Jordan. Me siento muy honrado por su presencia.

La voz emanaba fluida y sin corporización desde atrás de la batería de lámparas en candelijas.

Jordan se encontraba en el centro de la irradiación convergente de cinco focos de teatro, estratégicamente dispuestos.

Se protegió los ojos, intentando ver más allá de la luminosidad. Lo único que percibió fueron dos manos al extremo de una mesa de ébano pulimentado.

El cono de luces producía un fuerte calor. Sudaba.

—Siéntese, Jordan —moduló Darsonval tras la cortina de luz.

Tanteando, sentóse. Pensó que aquélla era una sala de lujo del tercer grado. El hombre montaña estaba a la derecha de su silla y tras él sentía la presencia del hombre de la Browning.

—¿No sabe de lo que se trata, Jordan? Yo creía que en su profesión siempre se hallan preparados para el día de la gran verdad.

—No sé de lo que me habla, sea usted quien sea, pero le exijo que nos deje inmediatamente en libertad a mí y a Adria. Mi esposa me aguarda en el hotel y posiblemente ya comunicó con las autoridades...

—¿Su esposa? Primera noticia. No sabíamos que estaba casado. Debo además recalcar que no está en condiciones de exigir absolutamente nada.

No le quedó más remedio a Jordan que admitir que era él y no la rubia el centro de atracción de aquella banda.

En su estómago hurgaron nubes de mariposas revoloteando entre manotazos y crispaciones.

El sudor, que no lo provocaba los focos, sino un pánico espantoso, brotaba por todos sus poros en copiosos riachuelos fríos.

—Pongamos las cartas sobre la mesa —expuso Darsonval— y excúseme si no puedo presentarme. Estoy convencido que presentarme reduciría en mucho la necesaria dosis de misterio.

Jordan experimentaba dificultad en asimilar aquel ambiente y estilo. Todo le parecía melodramático.

Pero su propia profesión, y el modo en que Flambert lo enroló, parecían siempre oscilar bordeando la fantasía.

—No puedo presentarme, pero ya conoció a Jacko, el grandullón, y a Grego, el que empuña revólver. Si es preciso, podrá comprobar que Grego es tan buen tirador como usted mismo.

—Disparo rara vez.

—No me diga... Me asombra. Le daré algunos detalles sobre usted mismo, Jordan. Ejerce la profesión de ejecutor. A sueldo del Servicio Interior del Segundo, y bajo la sigla «E». Desde que ingresó y, en el cumplimiento de sus funciones, ha despachado a diversos agentes rivales o empleados sospechosos. No se lo reprocho. Cada cual hace su oficio lo mejor que puede.

En la pausa, Jordan buscó en vano alguna respuesta coherente. La voz de Darsonval era persuasiva, casi amistosa.

—No somos criaturas, Jordan. Jugamos, pero es una partida muy difícil con muchos retruques de bola inesperados. Sabemos bien los dos que no es indispensable a su organización. Nadie es irremplazable. Por consiguiente no tenemos el menor interés en matarle pura y sencillamente.

Tosió Darsonval para aclararse la garganta. Bebió un sorbo de Haig y, removiendo los labios, paladeó el sabor a roble. Prosiguió:

—Antes de tomar una decisión, y debo decirle francamente que su porvenir no depende de mí, tengo que hacerle una pregunta.

—No sé de dónde sacó usted sus informes, pero le engañaron. No tengo nada que ver con ningún Servicio.

—La pregunta es la siguiente... ¿Por qué está aquí?

—Porque me trajo usted.

El dorso de la manaza de Jacko le fustigó la unión de maxilar y cuello. La silla estaba empotrada. Cayó sentado en el suelo. Levantándose, volvió a sentarse, a tientas.

Movió maxilar y cuello por unos instantes, hasta despejarse. Los nudillos del gigantesco Jacko percutían como bolitas de plomo.

—No admitiremos más insolencias, Jordan —advirtió Darsonval siempre apacible el tono—. Repito... ¿Por qué está en la Costa? ¿Cuál es su nueva diana?

—Estoy en la Costa para pasar el fin de semana con una hermo... con mi esposa.

Darsonval suspiró. Y su exhalación proyectó olor de *whisky*.

—Acariciaba la ilusión de evitar violencias. Es usted idiota, Jordan.

Se encogió Jordan, hundiendo las uñas de su diestra en el dorso de la zurda. El toque de Jacko sobre su músculo, entre cuello y hombro, le hizo correr un calambre agudo por todos los nervios.

La pregunta que siguió era inesperada:

—¿Aprecia mucho a la señorita Adria?

—La conozco apenas. Llevaba unos cinco minutos escasos con ella cuando me golpearon sus dos esperpentos...

—¡No, Jacko! —Y el revés del coloso quedó amagado en el aire, a escasa distancia del cuello del interrogado—. Repito: ¿Aprecia a la señorita Adria o no le importa su porvenir?

—Es una chica simpática. Pero escúcheme... Déjela a ella completamente fuera de este asunto. No tiene nada que ver conmigo.

Darsonval sonrió. Había sido una iniciativa llena de sutileza dejar a Adria con aquel sujeto. Contempló más atentamente a su prisionero.

Aparte aquellos ojos plateados, el hombre asustado, indiscutiblemente guapo, no tenía, a su entender, nada del asesino asalariado.

Eran listos los del Segundo. El amigo Jordan era un actor con gran talento. Simulaba perfectamente el pánico, la sorpresa y la lentitud mental.

—Voy a cenar, amigo mío. Regresaremos y le repetiré mi pregunta: ¿Qué hace en la Costa y a quién ha de matar? Si no ha recapacitado lo suficiente, y persiste en no contestarme, recurriremos a nuestro principal método de persuasión. Lamentablemente, a veces es el postrer método. Tenga la bondad de alzar la vista.

Levantó Jordan los ojos, dócilmente. Encima de su cabeza había una gran polea empotrada en el techo.

—Supongo que oyó mencionar la llamada suspensión inestable.

Asintió Jordan, pero Darsonval remachó:

—Es simple y eficaz. Las manos del estúpido, bien atadas, quedan ligadas a una cuerda que pasa por la polea. Le levantarán. Le dejarán caer. La sacudida disloca músculos, al principio. Luego, cruje la osamenta. En fin, medite.

Meditaba Jordan en que la cena de sus interrogadores le daría tiempo para ver si existía una solución.

—Tenga la bondad de mirar a su espalda, sobre su lado izquierdo.

Pudo distinguir contra la pared, una forma alta y triangular.

—Es un caballete. Estoy seguro de que no ignora nada sobre los diversos usos de este instrumento. Reanudaremos el juego tras mi cena. No puedo soportar espectáculos desagradables con el estómago vacío. Por cierto, Grego traerá un látigo. Tal vez algunos surcos en los esculturales lomos de Adria harían hablar a nuestro amigo. Llévenselo.

Adria estaba tendida en la cama cuando el empujón proyectó a Jordan dentro de la celda. La puerta rechinó, cerrándose por fuera.

—¿Qué pasó? ¿Supo algo? ¡Oh...! Le golpearon... Tiene una mejilla roja. ¿Qué pretenden hacer con nosotros?

Maldijo Jordan haber dejado su arma en el compartimiento especial del maletín. Luego pensó que de todos modos se la habrían quitado.

Sentado en la cama, estimó natural que ella deslizase su mano entre las suyas, y reclinase la cabeza en su hombro.

Era curioso cómo el peligro los había unido, pensó. Le parecía conocerla desde hacía años. No cabían convencionalismos, cuando rondaba la muerte.

—Es conmigo con quien la han tomado. No se preocupe, Adria.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—Mis amistades me llaman Ric.

—¿Por qué nos han traído aquí, Ric?

—Soy una especie de funcionario del Gobierno.

—¡Diantres! ¿Policía? ¿Cazador de espías?

—Esta gentuza busca informes que no poseo. Empiezan a ponerse desagradables en sus promesas. Además de esos dos cretinos, hay un tipo con voz melosa. Es el peor.

—No logro tomarme en serio todo esto. Cosas así no ocurren.

—Ellos sí que se lo toman muy en serio.

Mentalmente se dedicó Jordan a su deporte favorito. Cubrir de insultos a su patrón. El que le había metido en aquella situación.

Ella preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

—No podemos escapar. Por ahora, sólo cabe esperar. Cuénteme algo sobre su vida, Adria.

—¿Yo? No tengo historia. La suya será más interesante, Ric.

—Cuanto menos sepa, mejor para usted.

—¿Qué buscan ellos realmente?

—Algo que no existe. Se imaginan que vine para un trabajo secreto.

—¿Y usted tiene que negarlo?

—Es que es la verdad. Yo vine de vacaciones. Inofensivas. Y ahora pueden ser mortales.

—Vaya fastidio...

Sería preferible pensar en otra cosa, se dijo él. Para ver qué pasaba, enlazó a la rubia por los hombros.

La melena desgredada cosquilleó su mejilla. El aroma a sol y yodo era agradable.

—Volverán para interrogarme de nuevo. Puede que... me acompañe usted. Tal vez pretendan maltratarla.

—No me asuste... Ya veremos lo que pasa llegado el momento.

Le temblaban manos y labios.

Eric Jordan aproximó el rostro. Ella también. Sus labios eran dulces.

Olvidó Jordan el terror agazapado tras la cerrada puerta.

CAPÍTULO V

La sherkasiya era su plato favorito. Pollo a la circasiana bañándose en salsa de nueces molidas. Grego era un cocinero genial.

Vació Darsonval su copa de PouillyFuissé 61. Se sentía eufórico.

—¡Café, Grego!

El teléfono repicó cuando entraba Grego con el samovar humeante.

Aplicándose el auricular al oído, inquirió Darsonval:

—¿Quién?

—¿Verlaine?

Su alias en código. Replicó con la contraseña:

—»Oh, muerte, viejo capitán, llegó la hora. Levemos el ancla». ¿Quién habla?

—«Si pudiéramos regresar a la juventud, los mismos bellos errores nos asaltarían...». Puchkin al habla.

Tapando la boquilla, exclamó satisfecho Darsonval:

—¡Grego! El propio coordinador en persona.

Hizo Grego una respetuosa reverencia. En el auricular, preguntaba el coordinador del grupo:

—¿Podemos hablar?

—Línea libre.

—¿Siguió mis instrucciones?

—Hice algo más. Le complacerá saber que tenemos al «Sujeto» aquí, a buen recaudo.

El silencio que siguió fue truncado de pronto por una oleada de palabras en francés, alemán, ruso y dialecto cosaco. La mayor parte de las palabras eran insultantes.

—Pero... ¿Qué sucede, Puchkin? Yo creía... —Y Darsonval estaba desconcertado.

El arrebato de furor terminó. El coordinador habló calmado,

pero en tono amenazador:

—¿Cuáles eran sus órdenes, mi estimado amigo? Anhele oírlas de su propia boca. Si esta operación fracasa, usted será el responsable.

—¿Hice mal en capturar al «Sujeto»?

—Posiblemente hará fracasar todo el plan. ¿Cuáles eran sus instrucciones?

—Nos informaron sobre este hombre... Agente E... Nos dijeron que era muy peligroso. Nos comunicaron su ficha anunciándonos que llegaría en el avión de las dos. Debíamos vigilar su llegada, identificarlo y comprobar su alojamiento en el Miramont. Luego teníamos que capturarlo.

—Usted lo acaba de decir. Luego.

—Sí, pero ya que de todos modos teníamos que capturarlo y se presentó una buena ocasión...

—Sus órdenes especificaban que sería capturado en el momento oportuno. No cuando usted lo estimase oportuno. ¿Le comunicaron bajo que órdenes debía usted trabajar?

—Sí. A sus órdenes, Puchkin. Fueron muy precisos sobre este punto. Debíamos trabajar bajo su total control.

—Entonces, dígame por qué detuvo al sujeto.

—Creí que le agradaría mi iniciativa, Puchkin. Con frecuencia he trabajado en comando de asalto. Acabo de interrogar a este hombre.

—¿Sí? Escuche... Si solamente le tocó un cabello, le prometo que vendré a afeitarse en seco. Empezando por la nuez y acabando en su nuca.

—¡No, naturalmente que no fue maltratado! —Y forzó Darsonval una risita divertida—. Intenté únicamente saber las razones de su presencia aquí.

—Está de permiso.

—Eso dijo. Pero no le creí. Yo pensaba...

—Lo que usted piense me tiene sin cuidado. Por vez primera en su miserable existencia, participa en una operación de envergadura internacional. Le saco de su agujero, Verlaine. Esta operación es una de las más importantes que hemos emprendido. Y usted, piojoso estúpido, juega a jefecillo superdotado... ¿Cuánta gente empleó?

—Los dos ejecutores de costumbre y una chica. Nunca la

empleé, hasta ahora, en ningún caso, salvo para atraer peces gordos para informes bancarios y financieros.

—¿Sabe ella para quién trabaja usted?

—Por favor... Nada le dije nunca. Le expliqué únicamente que era para jugadas de Bolsa. Ella trabaja por dinero.

—La complicó. Líbrese de ella. Definitivamente. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Y quiero que el «Sujeto» esté de regreso en Menton en menos de una hora. Arréglese. Puede organizar su evasión, pero hágalo de modo que le parezca a él una evasión verdadera. Supongo que le vio. ¿Podrá reconocerle?

—No, no. Empleé la pantalla luminosa.

—Prohíba a los otros dos que salgan hasta el lunes noche. No quiero que les pueda ver nuestro hombre. Usted no se mueva. Mis propios ejecutores se encargarán del trabajo duro.

—Lamento mi necedad, Puchkin. Yo deseaba tanto complacerle... El secuestro fue una obra maestra... Si pudieran saberlo en la central...

—Cierre la boca. ¡Saque inmediatamente al «Sujeto»! Y emplee su talento en organizar una evasión perfecta.

—Gracias, Puchkin —dijo Darsonval servilmente.

Colgó al oír el seco chasquido cortando la comunicación.

Suspiró desesperado. En una época de tecnócratas era un aficionado torpe.

—Hubiese debido continuar en lo mío. El honrado contrabando... —filosofó entre dientes.

—¿Sucedó algo malo, señor? —indagó Grego sirviendo el café.

—Nada que no podamos arreglar. Tráeme a Jacko y a la chica.

—Jacko fue al pueblo, señor. No tenemos ya coñac, y pensé que si venía el coordinador...

—¡Lo que tú pienses me tiene sin cuidado, pijofo estúpido! Vete a buscar a la chica. No podemos perder tiempo.

Adria entró en la habitación, brillantes los ojos, más desmelenada que nunca.

—Este tipo es un sol, ¿verdad, DarDar?

—Pero trajo nubes, querida. La fiesta acabó. Tenemos que sacarlo de aquí. Permitirle fugarse. Tendrás que escaparte con él, y ayudarle.

—Tú pagas, tú mandas. Por cierto, él persiste en que no sabe nada.

—Es la verdad. No tiene nada que decirnos. Grego... Coge la llave del contacto y la dejas en el coche. Y trae a Jacko. Tengo que explicarle los detalles de la evasión.

A solas con ella, se lamentó Darsonval:

—Los asuntos van mal, Adria. Nosotros dos debemos separarnos. Te dejaré un buen regalo en efectivo en el cofre del coche.

Ella encogió los hombros sonriente. En su corta existencia había conocido muchas despedidas semejantes. Un trampolín más. Otros vendrían. Siempre había ocasiones para una chica como ella. El porvenir nunca era negro.

—Puedes quedarte con el coche, preciosa. Tendrás que ayudarle a huir. Mi consejo es que pases la frontera lo antes posible. Algún día, ¿quién sabe?... Volveremos a vernos, monada.

Adria entró escoltada por Grego. La puerta volvió cerrarse.

—Sésamo, ábrete —jadeó Jordan.

—¿Qué te ocurrió?

—Creo que hay pánico en el corral.

Confusamente, Jordan percibió algo anormal. No sabía lo que era, pero la desaparición de Grego no era normal.

—Me llevaron arriba. Vi al jefe.

—¿Cómo es?

—Gordo. Acaramelado. Me preguntó dónde nos conocimos tú y yo. Sonó el teléfono, y me llevaron a otro cuarto. Regresó el gordo y me pareció muy nervioso. Aludió a una conferencia, y daba la impresión de tener prisa. Casi me hicieron rodar escaleras abajo...

—¡Ya está!

Jordan había dado con la solución. Comprendía por qué la salida de Grego le pareció extraña. No había oído rechinar los cerrojos al otro lado de la puerta.

—¿Qué te pasa, Ric?

—Aguenta la respiración, cruza los dedos y reza. Creo que «Cara de Camello» cometió la gran pifia.

Dirigiéndose a la puerta, deslizó los dedos entre dintel y batiente.

—Sésamo, ábrete —jadeó Jordan.

La puerta se abrió.

—¡Vaya chamba! —exclamó ella—. ¿A qué esperamos, guapo?

—Quizá sea una trampa.

—Imposible. Ya te dije que parecían llenos de pánico y prisa.
¡Vamos! ¡Ven!

La siguió. Había ella apartado las cortinas. Una bombilla en el techo iluminaba lúgubrementemente la sala de torturas.

Caballete, polea, hornillo eléctrico, herramientas para marcar ganado, largos alfileres, cerillas de bambú, correas, un rollo de cuerda, cadenas, un embudo, una bandeja clínica, guantes de caucho...

A la derecha había un sillón de dentista con todos sus complementos.

Se estremeció Jordan.

Al otro lado de una mesa de ébano había una silla giratoria. Sobre la mesa estaban empotrados los focos. Tras la silla había una puerta de acero.

—Intenta, abrirla, guapo —apremió ella.

La puerta no estaba cerrada. Había una escalera, cuyos peldaños daban acceso a un pasillo.

Subió lentamente la escalera seguido por Adria. A medio pasillo había una cortina. La apartó suavemente.

El vestíbulo estaba vacío. La puerta encristalada permitía ver el «Mercedes» rutilante de luz, ante el porche.

—Tu coche está fuera —susurró—. Y si dejaron la llave puesta...

—A lo mejor...

—La casa parece deshabitada. En treinta segundos, corriendo... llegas al coche. Hazlo lo más aprisa y silenciosamente que puedas.
¿De acuerdo, Adria?

Sonrió ella. Sus labios aprisionaron con glotonería la boca masculina.

Desprendióse, apremió él:

—¿Preparada? ¡Vamos!

Atravesaron el vestíbulo. Cuando llegaban al porche, Adria estaba casi a su lado. Tres amplios peldaños daban a la carretera.

En el inferior apoyaba Jacko un pie, sosteniendo indolentemente un frasco de coñac en la enorme diestra.

Venía de la ciudad. Ignoraba la nueva situación. Alzando la botella, vociferó embistiendo:

—¡Ey! ¡Huyen!

Actuó Jordan por reflejos adquiridos en el gimnasio secreto. Alzó el brazo para parar el botellazo, y pasó su pierna izquierda tras las de Jacko.

Empujó con toda su fuerza, y Jacko abriendo la boca, aleteó con los brazos para conservar el equilibrio, pero se desplomó de espaldas, y su cráneo chocó contra la gravilla.

Adria ya estaba tirando de la portezuela derecha del «Mercedes». Veía la llave en el contacto. Pero ¿por qué no se abría la puerta?

Darsonval le había dicho que se abalanzara sobre esta puerta. Gritó:

—¡Está la llave, Ric! Pero esta portezuela no se abre.

Darsonval le recomendó sinceridad. Pero su reciente tropiezo con Jacko la turbaba.

Corría Jordan hacia el asiento del volante. Atrajo y abrió. Apenas sentado giraba ya la llave, pisaba el pedal y tendía el brazo hacia la portezuela a la que se agarraba Adria por fuera.

El motor roncó.

En el porche, junto a Grego, Darsonval ordenó:

—Apártate, Jacko. Ya, Grego.

La «Browning» escupió por dos veces. Con un intervalo de dos segundos. Grego tuvo tiempo sobrado para apuntar.

El primer balazo alcanzó a Adria en pleno costado izquierdo. Giró sobre sí misma, apoyándose en la carrocería plateada, hasta tambalearse sobre el capó.

La segunda bala le atravesó el cuello.

Paralizado, una mano en el volante, otra en el abridor, Jordan contempló la extraña mirada de asombro mientras ella iba deslizándose dejando un espeso surco rojo sobre la pintura plateada.

—Ahora a la izquierda, Grego... y por lo que más quieras, fállale —ordenó Darsonval.

El instinto de conservación se apoderó de Jordan. Le disparaban. Oía los disparos dominando el ruido del motor.

Metió brutalmente una marcha, soltó el freno y el embrague en sacudidas, y fue bajando en zigzag la estrecha carretera.

Erizado el vello de la nuca, pensó que apenas había tratado unas horas a la pobre muchacha, aunque la conoció a fondo.

Y ahora aquel precioso cuerpo tibio, lleno de vida, era un simple fardo.

Un sabor agrio le remontó al paladar desde el estómago.

Encendió los focos. La alameda bajaba hacia una verja, que, felizmente, estaba abierta. Aplastó el freno y viró penetrando en la carretera.

Media milla más lejos, vio una pancarta indicando la flecha: «Beaulieu-sur-Mer».

Por lo menos, iba en la dirección adecuada.

Un minúsculo tornado de mosquitos elevándose en el aire caliente de la noche, golpeó el parabrisas, aplastándose como goterones de lluvia.

Los ojos claros y gélidos de Jordan se concentraron en la sinuosa carretera.

Una vez más había encontrado la muerte, pero hoy, su cuerpo y su espíritu se sublevaban contra ella. Las neurosis de guerra hirvieron en su anatomía durante el trayecto.

Atravesó Montecarlo y pasado Cap Martín percibió el collar de luminarias rielando en la bahía: Menton.

La iglesia con su campanario iluminado dominaba las casas de la ciudad antigua.

Al llegar a Menton, penetró en una calleja transversal. Parando, permaneció largos minutos, temblando y crispados los maxilares.

Mientras, el mismo mensaje le martilleaba las sienes:

—Irma no debe verme así. No debe saber nada.

Entre cada frase, volvía a ver la imagen nítida y rápida de Adria rebotando sobre el flanco del «Mercedes». Luego, un cadáver desmadejado sobre la grava rojiza.

Salió del coche y avanzó lentamente hacia el centro de la ciudad. Exactamente a las diez y media atravesaba el vestíbulo del Hotel Miramont y entraba en el ascensor.

CAPÍTULO VI

—¡Ya era hora! Empezaba a exasperarme... Creí que era táctica tuya.

Irma, abierta la puerta, severo el rostro, atrás la cabeza y en alto las cejas, exhibió todo el porte de una maniquí desdeñosa.

—Cierra. Con llave, y aprisa —dijo Jordan, entrando, cerrando y volviéndose.

—Pero... ¿qué te pasó, Ric?

La máscara sofisticada que escondía su ansiedad cayó, cuando contemplaba los cabellos en desorden, el polvo y el sudor reseco sobre la frente, y el surco largo y azulado que iba del maxilar al hueco del cuello.

—¡Querido! ¿Qué te pasó?

Estaba en sus brazos. Sus labios recorriendo su mejilla y el surco de los nudillos graníticos de Jacko.

—Estaba muerta de miedo, Ric. No sabía qué hacer. Hasta llamé al hospital...

—Cierra con llave y dame algo fuerte.

—Siéntate. Tienes un aspecto tremendo —y fue ella a hacer girar la llave en el cerrojo, mientras él se desplomaba en el diván.

Empujó Irma la mesita rodante. En un gran vaso echó dos cubitos de hielo bañándolos con un chorro de Old Ye Monk.

Jordan bebió ruidosamente. El contacto del cubito de hielo con su labio superior hizo brotar el *whisky*, que le resbaló por la barbilla.

Un hilillo de fuego bajó a sus entrañas, explotando en ellas como una bomba minúscula de napalm.

A su lado, Irma sentándose, encendió un cigarrillo, se lo colocó entre los labios, y le pasó las yemas de los dedos por la nuca.

—¡Ay, uy! —gimió él cuando los deditos rozaban la hinchazón.

—Perdona... Pues vienes bien... Vaya bulto. ¿Llamo a un

médico? ¿Es que no puedes decirme lo que te ocurrió, querido? ¿Acaso es un asunto de trabajo... de tu Sección?

—Un minuto, guapa, déjame digerir el trago. Me dieron con una cachiporra, me golpearon de revés, me amenazaron con torturas del año de la nana, y me dispararon al huir. Me encuentro tan agotado como Buffalo Bill en sus retozos con las pieles rojas.

—Estás de un romántico subido, amor mío.

La enlazó maquinalmente por el talle. La sintió erguirse, tensa. Pero él no pensaba en acariciarla. Pensaba en Flambert, su obsesión.

—No sé todavía qué voy a hacer, Irma. Escucha... No te mencionaré para nada, pero creo que me veo obligado a telefonar a Flambert.

—No puedes.

—¿Eh, cómo?

—Llamó cuando apenas acababas de salir. Todo cariñoso —y enronqueciendo la voz imitó ella el deje sarcástico del jefe número Dos—. «¿Qué tal, pelirroja? Soy tu buen tío. Dale besitos de mi parte a tu maridito. Soy tolerante, ya sabes...».

—¡Rediez, rediez y rediez! —imprecó Jordan—. Voy listo, condenación.

—No te inquietes. No tienes nada que explicarle al jefe. Resulta que hay trabajo esperándote. Eres «operacional».

—¡Caray!

—El jefe me encargó que te dijese estas dos palabras. Operacional y Prensa. La primera la comprendo. Tienes que entrar en acción. Pero la segunda, ¿qué quiere decir?

No replicó Jordan. Desde media mañana había sido sometido a una serie de emociones. Pero aquella palabra inofensiva: «Prensa», pronunciada por un hombre instalado tras un magnífico despacho, era el punto final, el remate y toque decisivo al cuadro.

«Prensa» era su código personal de alerta: la advertencia de que le sería señalada una persona... para ejecutarla.

Recibir tal orden estando en la costa, era catastrófico. Las circunstancias conspiraban para convertirle el viaje que pensó de placer, en pesadilla. Un asesinato ahora, en que no podía avisar...

—Estás muy pensativo, Ric.

—¿No dijo algo más Flambert? ¿No te dijo si debía volver a

París?

—No. Casi estaba contento de que hubieses venido aquí. No quiere ningún contacto personal contigo. Dijo que esto era muy importante. Que no tuvieras contacto con él. Mañana llegará su mensajero. Con todos los detalles para ti. Tienes que quedarte en el hotel, y yo debo irle a buscar a Niza.

Deslizó ella dos dedos en el escote y extrajo una hoja de papel doblada. Llevaba el membrete del hotel.

—Me transmitió Flambert esto. Dijo que ya descifrarías.

Contempló Jordan fastidiado la serie de mayúsculas:

KDAGLKG MYLHWLAG

Dos líneas de mayúsculas.

—Maldito código... Voy a pasarme la mitad de la noche para poner en claro esta sarta de letras.

—Yo debo esperar mañana en el aeropuerto. El correo me reconocerá y vendrá a contactar contigo. Dime, ¿crees que lo que te sucedió tiene relación con la misión que te espera?

—Es posible. Aquellos cretinos eran seguramente «turistas» —y empleó la palabra profesional para designar a los agentes rivales—. Oye, no he cenado. Tengo hambre.

—Yo tampoco cené, esperándote. Voy a encargar la cena.

Fue al teléfono eligiendo un menú cuya mención puso saliva en la boca de Jordan. Regresó ella, ondulante, más femenina, casi insinuante.

Por reflejo, la atrajo él, pero la lentitud de sus reacciones físicas se dio cuenta que la sombra de Adria atravesaba por la habitación.

—¿En qué piensas ahora? —musitó Irma, entreabriendo los labios, en mudo ofrecimiento.

—En cenar. Tengo una gazuza feroz.

Los recientes acontecimientos, y sobre todo, la última noticia, desviaban su pensamiento del deseo obsesivo que durante semanas le inspiró Irma.

La percibía dócil y dispuesta por fin a ceder. Pero ahora una nueva obsesión le dominaba. Al día siguiente, un mensajero le daría la identidad de su víctima y el lugar de la acción.

Separándose fue ella a abrir. Dos camareros fueron distribuyendo la suntuosa vajilla, las bandejas calentadoras y todo

el servicio.

El *maître* colocó los dos candelabros románticos. Se retiraron discretamente.

Habían creado la atmósfera adecuada.

—Sólo falta un zíngaro que toque el violín —gruñó Jordan, atacando con voracidad el primer plato.

Una sopa exquisita. Langostinos con salsa tártara. Todo lo devoraba Jordan ansiosamente. Ella charlaba de banalidades. Casi parecía ofendida ahora.

Las costillas a la brasa, chirriando en su jugo sobre la parrilla, fueron acogidas con entusiasmo por Jordan.

Reapareció el maestresala para servir el melón helado trufado con frambuesas al *kirsch*. Instaló el filtro sobre el hornillo de alcohol, dejó los frascos de licor, y saludando, se retiró.

Jordan dio a Irma una versión pintoresca y adornada de su rapto. Silenció los últimos cinco minutos de horror ante la casa, dándole un final que era el que hubiese deseado.

Adria, que describió insulsa y antipática, huía en el coche, tras dejarle a él en Menton.

Levantándose, Irma manifestó:

—Acostumbro bañarme recién cenada.

—Yo no. Mientras te embelleces, descifraré el follón de mensaje.

Se encerró ella en el cuarto de baño. Reaparecieron los camareros para llevarse los vestigios de la cena.

A solas, Jordan se desvistió para embutirse en un pijama azul, sobre el cual apretó el cinto de un batín de burdeos.

Se instaló en la mesita-secreter, desdoblando el papel y bajo la pantalla revisó las dos líneas de mayúsculas:

KDAGLKG MYLHWLAG WRKDUANGNDA

KDWDARG WRBFDABR RWCNAR

Miró la hora. Las cero diez del domingo. Cogió una cuartilla y un bolígrafo.

Cerrando los ojos, rebuscó Jordan en su memoria la frase, cifrada correspondiente al domingo. Era Romeo y Julieta.

El código personal del agente «E» se basaba en el sistema Klausen, inaccesible para quienes no poseyesen la frase-clave.

Al iniciar su aprendizaje, le hicieron estudiar de memoria, la

frase-clave correspondiente a cada día de la semana. Obras clásicas. Un párrafo.

Utilizaba rara vez el código. Le parecía algo infantil, pero complicado. Tenía que aplicarse como un colegial.

Laboriosamente, escribió la frase del domingo en letras mayúsculas. Era un párrafo del discurso de Mercurio a la reina Mab:

«Su carroza es una cáscara de nuez vacía, fabricada por la ardilla carpintera, la vieja roedora».

Alineó las letras del alfabeto hasta completar la clave. Y tradujo en voz alta:

—«Quequo Moeapac Oeuval»... ¡Rediez, rediez, rediez! Maldita sea. Hay un fallo en algún sitio.

Fue a llamar a la puerta del cuarto de baño:

—¡Oye, guapa!

—No puedes entrar.

—No quiero entrar. Es a propósito de este mensaje del demonio. ¿Estás segura de haberlo copiado sin error?

—¡Más que segura! Flambert me repitió cada letra tres veces, con el truco de la telefonista... «D» de Dinamarca, «B» de Bélgica, etc., etc.

—Empecé a descifrarlo y lo que he sacado parece más bien un tablero de oculista para examen de miopes.

—No cabe error por parte mía ni de Flambert. Me lo transmitió exactamente a como lo lees, ayer tarde apenas te fuiste.

—¡Ya caigo! Gracias.

Regresó a la mesita. El mensaje fue transmitido el sábado por la tarde y había empleado la frase del domingo.

La del sábado era un párrafo del Cid de Corneille. Y minutos después, ya tenía la traducción precisa y clara en tres líneas:

CONTACTO MANFRED
IDENTIFICACIÓN COMPACTO
RESPUESTA ARMIÑO

El correo mensajero aparecería con el alias verdadero nombre de Manfred. Diría este nombre para saludar. Y tendría que aludir a algo que permitiese encajar la palabra Compacto.

Tanto Irma como el agente E, para demostrar su identidad deberían contestar con una frase que incluyera la mención del

bonito animal de piel blanca.

El alcohol y el cansancio empezaron a surtir su efecto.

Eric Jordan aspiró el tenue aroma de perfume femenino que surgía del cuarto de baño.

Quitándose el batín se tendió en el diván: Cerró los ojos. Por un instante evocó una imagen sumamente excitante de la fría y arisca Irma.

Volvió a insinuarse en su cerebro su eterna pesadilla: Flambert.

Cuando Irma Blondel apareció, el vigoroso agente «E», roncaba ruidosamente.

Encogiendo los hombros, cambió su frívolo atuendo por un sencillo pijama blanco.

Y la noche que debía ser apasionada, fue de completo reposo. En la cama durmió ella plácidamente. En el diván descansó a fondo Jordan hasta media mañana.

El sol, atravesando la abertura entre dos cortinas, vino a posarse en diagonal sobre su rostro. Removiéndose, se tumbó de costado.

Pero ya estaba semi-desvelado. Y volvió su pesadilla. La que le atormentaba hasta despierto. La extraña historia de su peligroso pacto con Flambert. La extraña verdad que solamente él conocía.

Evocaba su infancia. Lloraba al ver pajaritos muertos. Estuvo enfermo cuando su madre ahogó a varios gatitos recién nacidos. Sintió remordimientos atroces cuando, sin querer, aplastó una lagartija.

Por lo demás, era normal. Peleaba con rudeza con sus amigos. Al morir su padre, ingresó en una oficina como auxiliar de contable.

Había muchas mecanógrafas que pronto le manifestaron admiración. Fuerte y saludable, todas le consideraban un «duro», por el gris metálico de sus pupilas y su rostro enjuto.

Tenía fáciles amoríos. Tuvo que entrar en quintas. Por influencia de su patrón, ocupó un puesto de escribiente en la Plana Mayor. Nunca había oído un disparo, salvo en películas.

Vino la orden de enviar a toda su quinta a Argelia. La misma influencia le permitió ser escribiente en una unidad de paracaidistas. Para evitarle tener que combatir, le destinaron a seguir un curso de suboficial de carros.

Hasta que una cálida jornada de agosto, un brigada, al inscribir el servicio móvil de blindados en patrulla, se vio forzado, vistas las

bajas entre jefes de carro, a nombrar al sargento Eric Jordan.

El servicio de patrullas por la comarca no ofrecía peligros.

A la media hora de salida, la radio del carro se estropeó. Recorrían las dunas desérticas en torno a varios poblados. Extraviándose en la consulta de las coordenadas geográficas, el sargento Jordan perdió el contacto con el resto de la patrulla.

Pero daba órdenes desde la torreta, para hacerse respetar. Penetraron en un laberinto de calles sucias y despobladas. Iban dando vueltas concéntricas.

Hacía mucho calor y la tripulación empezó a protestar, mientras Jordan se afanaba inútilmente en hacer coincidir su brújula y, sus mapas.

Por fin, el conductor paró la máquina arrimándola a un muro, y anunció:

—No conduzco un tío vivo, mi sargento.

—Estamos hasta la coronilla de dar vueltas sin ton ni son —dijo el artillero.

—Aunque nos sometan a consejo de guerra, no movemos ya ni un dedo —declaró el tercer tripulante amotinado.

—¿Y qué queréis que haga, caray? Me he hecho un taco. Le puede pasar al más pintado, ¿no? —protestó el sargento Jordan.

—De acuerdo. Pero no nos movemos mientras no baje usted y a pie se entere por dónde se sale de este puerco poblacho.

—Bien, bien... Por lo menos, lo que sí sé es que este pueblo se llama Ouad-Bel-Abes.

—Claro. También sabemos leer nosotros. Esto decía la pancarta de la esquina, cuando entramos.

Eric Jordan avanzó a pie por la calle desierta. Iba con cautela. Podía surgir cualquier bárbaro argelino dispuesto a degollarle.

Echando una mirada recelosa a una callejuela vio tres hombres peleando. Uno de ellos, que llevaba las de perder, gritó en francés parisiense:

—¡Socorro! ¡Por favor, auxilio!

Los dos agresores le vieron y se dispusieron a correr. Jordan no podía darles alcance. Para detenerles, decidió disparar al aire, como aviso.

De costumbre, enfundaba siempre su «Colt» con el seguro puesto. Más tarde adivinó que, por una vez, lo enfundó con el

seguro en posición de fuego.

Sacando la pesada arma, decidido a apuntar hacia lo alto del muro, movió automáticamente el pulgar para descorrer el seguro. No se movió. Y tenía ya el «Colt» a la altura del pecho.

La presión del pulgar le hizo pulsar involuntariamente el índice sobre el gatillo.

El arma le saltó en la diestra y la explosión, aumentada por la estrechez de la calle, que actuó como caja de resonancia, le hizo respingar.

El respingo crispó por segunda vez su índice.

Cuando se detuvo ante los dos cuerpos, Jordan comprobó que una trágica burla del Destino quiso que los dos balazos fuesen mortales.

Flambert nunca supo que también fue obra del Destino, la suerte que tuvo al no ser él uno de los cadáveres.

Incrédulo, paralizado, sintió Jordan que un músculo en la comisura de su boca, se crispaba. Era un tic. Siempre que sentía nerviosismo o angustia.

Sus ojos no lograban apartarse de los dos muertos. Y aquella extraña mirada de incredulidad, de helado pánico íntimo, completando el tic nervioso que semejava un rictus de satisfacción, fue lo que indujo a creer a Flambert que se hallaba ante un asesino profesional.

Como un autómatas, contestó a la presentación de Flambert:

—Y yo, Jordan. Adiós.

Una respuesta que confirmó en Flambert que era un mercenario insensible. Un pistolero infalible, despiadado.

Tardó Jordan en olvidar, aunque reconcilió con su conciencia el hecho de que eran dos enemigos de Francia los que murieron. Y en combate, de haber tenido que intervenir, su record de muertes habría sido mucho más crecido.

Volvió a su Plana Mayor. Regresando a Francia, perdió dos empleos por aventura amorosa con la secretaria. Encontró casualmente a un excompañero de cuartel. Félix Robert.

El «Refugio de los Pájaros» fue dando resultados, pero Félix y él gastaban tanto como ganaban, ayudados por Lina, la esposa de Félix, excamarera muy aficionada a consumir licores.

Hubo hipotecas. Lina le provocaba, pero él aludía a la gran

amistad con Félix, y lograba salvar el peligro. Una noche, más bebida que de costumbre, Lina se estrelló.

Luego, Félix que, también había empezado a beber demasiado, resbaló y su caída fue mortal.

Entonces, se presentó Flambert. Primero, Jordan creyó que el hombre estaba desquiciado. Pero parecía hablar en serio. Ofrecía una cantidad tentadora. Era una oportunidad excelente.

Y como primero tendría que someterse a un entrenamiento, aceptó. Siempre que Flambert, en su tarea de maestro, le llevaba de paseo nocturno a lugares muy diversos, le daba lecciones sobre psicología.

Sobre el arte de identificar prontamente a los prójimos por su aspecto. No había modo que Jordan se imaginase como ejecutor. Se esforzaba, pensando que sería como una especie de cirujano.

Sus futuras víctimas serían como cánceres a los cuales había que practicarles una ablación.

Pero llegó el día tan temido. El día en que Flambert pronunció la palabra fatídica: «Prensa». Resonó por teléfono:

—¿Es usted, E?

—Sí. Escucho.

—Número Dos. Venga al instante. Prensa.

Un tentáculo enlazó la garganta de Jordan. Otro le retorció el estómago.

La sala de órdenes era la trastienda de un banal estanco. La diana era una mujer. Treinta y siete años, empleada en el Ministerio de la Guerra. Se llamaba Francine Dupont.

Contempló trozos de film representando a Francine saliendo y entrando en el Ministerio. Luego estudió el expediente describiendo las costumbres de Francine.

A las ocho y cincuenta y seis de la mañana cogía el metro en Saint-Michel. A las seis y siete volvía a bajar al metro.

Flambert antes de abandonar la trastienda, insinuó:

—Una tragedia vulgar y diaria me parece la mejor solución, muchacho. Es una jamona. Tuvo un vahído. Se cayó a la vía.

—¿Es... realmente importante su traición?

—Va reuniendo datos sobre un proyectil especial. Tardará todavía una semana en tenerlo todo listo para vender al mejor postor. Tiene pues una semana, muchacho. Adiós.

A la mañana siguiente, Jordan fue a contemplar a su víctima. Viajó en el mismo vagón. Pese a sus treinta y siete años, Francine era atractiva. Algo rolliza.

Hasta le dirigió una leve sonrisa halagada al sentirse fijamente contemplada por un joven tan guapo.

Tomando café, Jordan decidió que aunque Francine preparase la atomización de media Francia, no podría matarla, y menos tan canallescamente.

Habló a solas:

—No puede uno, así como así, salir de casa para empujar a la vía a una desconocida. Es una canallada, caray.

Por tres veces estuvo tentado de telefonear a Flambert, renunciando antes de empezar el primer trabajo.

Pero cinco mil por mes, un piso, un coche, la vida lujosa, eran gangas difíciles de sacrificar.

Y de pronto, surgió la mágica solución.

Inconscientemente se la había facilitado Flambert. Unas noches antes, para adiestrarle en «reconocimientos psicológicos del posible enemigo», Flambert le llevó al «Gato Relamido».

Un antro, con una pista de baile de apenas dos metros de diámetro. Las mesitas sumidas en penumbra roja. Pasada la medianoche, la atmósfera era la de un islote sumergido en la niebla.

La gramola chillaba. En dos turnos, cuatro muchachas acudían de un *cabaret* contiguo. Como sonámbulas se iban desvistiendo con exasperante lentitud.

Un «*striptease*» enfermizo, casi repelente, pensó Jordan.

—Las pobres están anémicas y muertas de sueño —opinó.

—No tienen suerte. Usted, sí, muchacho —y Flambert sonrió como un lobo con dolor de muelas.

—¿Yo, por qué?

—Podría encargarse su trabajo por un precio que sería la milésima parte de su salario mensual, con simplemente hablarle al dueño de este tugurio, que me presentaría a docenas de ejecutores profesionales.

—¿Y por qué no lo hace?

—El jefe, el Número Uno, no quiere utilizar sujetos con antecedentes. Y aquí, hay individuos que por cien francos, serrarían en rodajas a su propia abuela. Fíjese... Aprenda... ¿Ve aquel tipo de

lentes, delgado, sentado bajo la estatua?

—Lo veo.

—Parece un viejo verde. Es un zorro inteligente. Nadie puede demostrarle nada. Es un profesional del crimen barato y sin huellas. Y eso que tiene nombre de músico. Charpin. Y siga aprendiendo que las apariencias engañan... Aquella señora...

Del resto ya no se acordaba.

Recordando al indefinible Charpin, de melena grisácea, lentes de concha, y expresión de sabio distraído, Jordan creyó que podía ser la solución a su macabro problema.

Aquella misma noche fue el «Gato Relamido». No estaba Charpin. Dejó una nota:

«Asunto serio. De nueve a doce en los Jardines
Luxemburgo junto al lago cisnes. Un cliente seguro».

A las once de la mañana siguiente, Charpin sentábase en el banco donde aguardaba Jordan nervioso. Empezó a echar miguitas a las palomas.

—Un día espléndido, ¿no es así, señor? Permítame dirigirle la palabra aunque no nos conozcamos.

—Yo dejé la nota escrita y los cincuenta francos.

—Una generosidad y confianza que me emocionan, joven. Sin que me viese usted, le estoy acechando desde las nueve. Desde que se instaló aquí.

—¿Por qué?

—Desconfío de periodistas y policías. Usted no es ni lo uno ni lo otro. Me parece de toda confianza. Y ahora, dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Tengo entendido... según un rumor... Bueno, oí una conversación en el «Gato Relamido»..., según la cual a usted no le pueden nunca demostrar nada en contra. Parece ser que usted borra del mapa a quien sea.

Empleaba Jordan el deje sarcástico de Flambert. Inmutable, replicó el profesional del asesinato:

—Lo que oyó es exacto, joven. Llevo tiempo en el negocio. Por consiguiente, no titubee conmigo. Nada de delicadezas desplazadas. Al pastel, pastel y al tintorro, tintorro. Hace mucho tiempo que dejé de interrogarme sobre la locura de mis prójimos.

—Su filosofía me coge de sorpresa, señor Charpin.

—Empecé trabajando en las Pompas Fúnebres. Pronto me habitué a considerar la muerte ajena como algo inevitable. ¿Por quién me pagará la tarifa?

—¿Cuánto es su tarifa?

—Según el caso, oscila entre cien y quinientos. Si es su suegra, hay rebaja —y la risita de Charpin erizó el vello de su oyente.

—Puede que sean varias las personas que yo le... indique.

—Tanto mejor. Nunca pregunto mientras el dinero sea legítimo. Y puedo garantizarle que todo se efectuará con decencia y pulcritud.

Charpin señaló su tarifa. Trescientos francos. Y Francine Dupont abandonó bruscamente este valle de lágrimas, al crepúsculo siguiente.

El codo de Charpin pasó desapercibido entre las apreturas arremolinándose al irse aproximando el convoy al andén.

Francine Dupont no pudo ni gritar. Luego, chirrido de frenos, griterío y un anciano respetable uniéndose al coro de lamentos.

Y la asociación prosiguió con regularidad. Cuando la palabra «Prensa» convocaba al agente E, Jordan citaba a Charpin. En los bellos parajes de los Jardines del Luxemburgo.

Echando miguitas a los pichones. Para el viaje a Beirut demostró Charpin dotes de actor. Teñido, sin gafas, pareció un arqueólogo.

Quiso a la tercera vez, tranquilizar Jordan la conciencia ajena y la suya propia:

—Debo hacerle una confidencia, señor Auguste.

—Soy una tumba, Ric —declaró Auguste Charpin.

—Cumplimos una tarea patriótica. Suprimimos traidores a Francia. Venimos a ser algo semejante a jueces, con pruebas concluyentes.

—No me disgusta oírle, Ric. Por usted. Ya me suponía yo que no era usted un paranoico acometido de un afán de exterminar a diestro y siniestro. Celebro su confidencia. Y ya que es por la patria, sentiría remordimientos cobrándole la tarifa número tres. De ahora en adelante, trabajaré para usted con la tarifa especial que raras veces aplico. Sean dos o doscientos los candidatos que usted me recomiende, mi salario será invariable. Fijo y mensual. Quinientos francos. ¡Viva Francia!

CAPÍTULO VII

—¡Viva la gandulería!

Despertó Jordan bruscamente. Irma Blondel, en pie a un lado del diván, vestida de blanco, con jersey a rayas azules, le contemplaba irónicamente:

—¿Dormiste bien, Tarzán? Roncabas como un energúmeno cuando salí del cuarto de baño. No quise despertarte. Total, para qué, ¿verdad? Voy a recoger a tu correo. Dime la contraseña.

—Un tipo te saludará presentándose como Manfred. Tendrá que mencionar la palabra compacto. Y tú citarás el armiño. ¿Te dijo Flambert dónde he de esperar a Manfred?

—Aquí mismo. Has de hablar a solas con él. Yo esperaré en el bar abajo. Hasta pronto, Ric.

En el aeropuerto un pasajero recién llegado fue mirando a los que esperaban. Se dirigió a Irma, que arqueó las cejas altivamente.

—Pido perdón, señorita. Me llamo Manfred y le ruego me indique donde está el servicio de alquiler de coches. Del tipo americano que llaman compacto.

—Celebro conocerle. Alquilé un coche, pensando que le facilitaría las cosas, pero no es del modelo que usted quería. Es como mi vestido. Blanco como la piel del armiño.

Rieron ambos. Y cogiéndola del brazo, afirmó Manfred:

—Realmente siento envidia del caballero E.

—Puede llamarle Ric... ya sabe... el perrito ladrador que no muerde.

Eric Jordan empezaba a odiar a Manfred. Primero porque tenía orejas despegadas de vampiro o murciélago. Luego porque su barbilla era puntiaguda y su mirada falsa.

Además, el agente Correo o Mensajero, adoptaba una actitud de superioridad desagradable. Por último le estropeó el

desayunoalmuerzo, porque masticaba boca abierta, removiendo la papilla nutritiva.

Su saludo había sido lacónico:

—Manfred. Compacto.

—Armiño. Iba a almorzar.

—Almorcemos. Luego, de sobremesa, charlaremos. Cuando como, no estoy para charlas.

Tomando el café se impacientó Jordan:

—Abajo espera mi... la señorita Irma.

—Esperará sin aburrirse.

—No ha venido usted a pasar el fin de semana conmigo, espero.

—Nada urge, compadre. Si yo fuese usted, E..., vaya idiotez tener que llamarle así... empezaría por encargarse que se llevaran estos trastos. Tengo un montón de mapas y hermosas fotos para usted.

Llamó Jordan y los camareros se llevaron el servicio. Manfred abrió su portafolios con mucha parsimonia.

Gruñó Jordan:

—Nos van a tomar por lo que no somos, o por lo menos yo no soy.

—No le entiendo.

—Mi supuesta esposa abajo y usted y yo aquí en la «suite» matrimonial.

—Le noto irritado, amigo Ric. Cállese.

Y Manfred le arrojó un sobre cremoso. Jordan lo recogió al vuelo como si estuviera impregnado de virus mortal.

Podía leerse escrito a máquina con cinta roja:

«Diana E 26. Estrictamente privado. Destruir».

Alzando la mirada, sorprendió a Manfred examinándole como un siquiatra evaluando la reacción de un enfermo mental ante un test inesperado.

Rasgando el sobre extrajo Jordan la fotografía de la víctima futura.

La miró. Se retorció como si acabase de recibir una descarga de alta tensión. Balbució en el colmo del estupor:

—¡Pero... es increíble...! ¡Es el propio...!

No podía hallar más palabras, atragantado.

El rostro de la foto le contemplaba amablemente con una sonrisa bonachona. Un rostro universalmente conocido. Anguloso, de ojos azules, rubio cabello y aspecto deportivo.

—Pero si es el Duque...

—Exacto.

—El Prínci...

—El mismo.

—Oiga, Manfred... ¿Qué clase de broma incalificable es ésta? ¿Quién me toma el pelo? ¿Quién pretende ser un gracioso?

—El Número Dos ya me dijo que se sorprendería usted un poco, pese a su frigorífica reputación, pero nunca pensé que pondría usted una cara tan cómica —y Manfred empezó a reír divertido.

—Siga riendo y le parto la boca —declaró Jordan exasperado.

—Lamento que carezca del más elemental sentido del humor.

—Harían falta toneladas de humor negro para admitir que yo pueda ser capaz de matar a un personaje con sangre real, un personaje que algún día puede ser el rey de Francia.

—¿Acaso es usted monárquico?

—A mí la política me importa un pepino, pero vamos... liquidar nada menos que a un descendiente de los reyes de Francia...

—Eso de la sangre azul es un cuento chino, Ric. Además, Flambert ya dio por supuesto que usted comprendería que era un simple ejercicio.

—¿Un simple ejercicio? ¡Ay, Dios! ¿De qué manicomio escapó usted?

—Escuche, Ric... Compruebo que no le advirtieron que de vez en cuando nuestra organización hace ejercicios de seguridad. Nos visitan personajes importantes. Tenemos que responder de su seguridad, controlando todo el servicio de vigilancia. El propio duque aceptó servir de supuesto blanco. Es un simulacro, ¿comprende ahora?

—Empiezo —y de pronto sonrió.

No había asesinato. Estaba salvado. No necesitaba a Charpin.

—Paso a explicarle el asunto. La Seguridad del Sector de Aviación nos ha pedido que ejerzamos un control sobre el personal de Gabarit. ¿Sabe dónde es?

—Creo es un aeródromo al norte de Marsella.

—Eso es. Hay bombarderos V, y algunos prototipos secretos. El

duque visitará la Base de Gabarit mañana, de riguroso incógnito. El Número Dos estima que es una ocasión única para comprobar las reacciones del personal. Y a la vez demostrar que los servicios de seguridad de la Sección Aérea son flojos.

—¿Cómo lo demostrará?

—Se las compuso para que una alerta con señal grana coincida con la visita. Así, podrán ellos poner en funcionamiento el comando de seguridad extra. Pero lo que no saben es que el duque será asesinado delante sus ojos. Simulado, ¿claro? Pero el Número Dos habrá logrado su propósito. Envenenarles la sangre a los del Sector Aéreo. Demostrarles que su control es flojo.

—Ya. Flambert quiere jugar a guardias y ladrones con la sección amiga, pero rival, de la Aviación.

—Al duque le encanta el plan. Le convenció Flambert. Nosotros iremos a Gabarit...

—¿Nosotros?

—Usted, yo y la pelirroja. Según Flambert, ella es ya una especie de lastre, pero es preciso nos acompañe, puesto que vino con usted. Nos conviene que ate cabos y cometa una imprudencia. ¿Es lógico, no?

—Lo es.

—Poco antes de llegar, le equiparemos en el coche. Camuflaje para la cara. Y un rifle especial.

—¿Qué marca?

—Un Mauser, modificado, naturalmente. Calibre 303 con lente Tasco y cámara fotográfica. Es muy importante. El Número Dos desea que su tiro sea retratado para que lo vean luego la gente del control aviador. Un cargador de cinco balas. Cartuchos de fogeo, naturalmente. Pero tienen que ser oídos. El duque debe oírlos.

Desplegó Manfred un mapa cartográfico. Era un plano en gran escala de la Base de Gabarit. Había fotos unidas con clip en una esquina del mapa.

—Hacia las tres de la madrugada del lunes, le dejaremos aquí — y señaló Manfred un punto en lo que parecía una carretera secundaria paralela a dos millas de distancia de la carretera principal que bordeaba el campo de aviación.

—¿Esta misma noche?

—Ésta, próxima madrugada —rectificó Manfred—. Por las fotos

podrá comprobar que se hallará usted en un ángulo muerto. Un ligero desnivel desciende de la carretera de la base hasta ésta. Le daremos un azimut cuando abandone el coche. Le bastará con seguirlo y llegará a este grupo de árboles, aquí.

Examinó Jordan el plano y las fotos. El grupo de cuatro árboles se erguía en la cima de la cresta, con vista directa a la verja principal del aeródromo.

Unos ochocientos metros de terreno descubierto separaban los árboles de la verja.

—Nadie podrá verle. Estará tan seguro como un fiambre en su ataúd. La visibilidad es excelente. Lo verá todo. Los bombarderos despegando y aterrizando. Los pilotos desfilando... Una verdadera demostración de fuerza alada.

—Brinco de alegría ante la idea. ¿Me llevo una trompeta y un tambor?

—Podrá divertirse con el lente. Cuando preparé este trabajo allí, llevé lógicamente el lente telescópico. El edificio del personal casado, aquí, a la derecha de este hangar... proporciona a primera hora de la mañana excelentes diversiones. Cae la visibilidad directamente sobre las ventanas de dormitorios. Figúrese que la esposa del jefe de escuadrilla, para dormir, se enfunda en camisita blanca y corta.

—Qué asco. ¿Y juega al aro?

—Esto lo sabrá el marido. Bien, volvamos a nuestros corderos. A las cuatro ya estará usted en su puesto. Permanecerá allí hasta las once. Le daremos café y emparedados. Hay un talud, tras el cual podrá tenderse, pero no se duerma.

—No es mi estilo. Trabajo poco, pero bien.

—El coche del duque llega a las once. Bajará ante la verja principal para pasar revista a la guardia de honor. Cuando se aparte del coche, le aloja usted dos plomos en el cráneo.

—¿Cómo...?

—Simbólicamente hablando, naturalmente. Pero por lo que más quiera, no olvide que una Minolta está montada sobre el lente. El Número Dos exige que las fotos atestigüen claramente que el duque fue encañonado con toda puntería. Tendrá que apuntar como si fuera de verdad, amigo.

—Conforme. ¿Qué más?

—El duque, aceptó patrióticamente, cumplir su papel. Esperará las detonaciones. Apenas resuenen, se tambaleará, y caerá. Fue tan benévolo que aceptó lecciones teatrales del propio Flambert, sobre el arte de simular ser herido de muerte.

—¿Qué pasará luego?

—Afine el oído, Ric. El objetivo de éste ejercicio es comprobar las reacciones del personal de seguridad después de un atentado. Pero no debe inquietarse. El Número Dos estará por ahí. Hará de modo que no pierdan la cabeza. Les impedirá que disparen contra la arboleda.

—¡Caray! No faltaría más... —protestó Jordan—. Me presto al juego porque para eso Flambert es mi patrón. Pero sería un juego algo bestia, si después de disparar yo en simulacro, me endiñasen plomo legítimo.

—No se preocupe. Flambert se ocupa de todo. A las once, estaré esperándole a usted en este punto. Le recogeremos. Ahora, por favor, recíteme la lección.

Jordan reprodujo etapa por etapa el desarrollo del ejercicio. Luego, por rutina habitual, tuvo que contestar a una serie de preguntas policiales, hechas con una malicia irritante.

Por fin, Manfred se declaró satisfecho. En un florero de metal depositaron planos y fotos. Rociaron con *whisky* y prendieron fuego.

Disipado el humo presentó Manfred una cartulina color salmón.

—La firmita, Ric.

Era una transferencia de responsabilidad de un agente a otro. Formulismo empleado cada vez que una operación era elaborada verbalmente. En lo alto de la cartulina, Flambert había trazado su característica rúbrica, indicando «visto bueno».

Significaba que Manfred había asimilado perfectamente sus instrucciones.

Manfred había firmado con una serie de iniciales y arabescos. Volvió a firmar bajo los arabescos, y tendió el bolígrafo.

Dibujó Jordan su peculiar rasgueado en flecha atravesando una E y algo semejante a un anzuelo.

Guardándose la cartulina, preguntó Manfred con tono banal:

—Y ahora cuénteme... ¿Qué le pasó anoche?

Maldijo mentalmente Jordan a la pelirroja. Indagó:

—¿Cómo se ha enterado?

—Un mensaje antes de tomar el avión. Por mi desgracia, me han ordenado que controle este incidente. Dejarse pescar como lo hizo usted, le convierte un poco de tiburón en besugo.

—¡Oiga, especie de atún presumido! ¿Cree acaso que salí rogando que me diesen matraca, me drogasen y además me tomaran por pimpampum? Me cayeron encima inesperadamente.

Relató Jordan, omitiendo su paréntesis íntimo con Adria. Al término, comentó Manfred:

—Conozco los compadres que le interrogaron. Son de la acera de enfrente. Es decir, trabajan a dos paños. Últimamente, el gordo siente predilección por los rublos y los marcos orientales. Vamos allá.

—¿Dónde?

—No soy fakir, muchacho. No podría encontrar la casa sin su ayuda. Tiene que mostrarme el castillo en cuya mazmorra fue usted vilmente arrojado.

—Para abandonarla tuve que sudar. No piense que voy a volver allá a meter la cabeza en el morro del hipopótamo.

—Nadie le pide que meta la cabeza en ningún sitio repulsivo. Muéstreme la casa. Iré a llamar y diré simplemente: «Soy inspector de la Compañía Fénix, seguros contra incendio».

—¿Y para qué ir allá?

—Simplemente para echar un vistazo y poder mencionar el emplazamiento y contornos en mi informe. Usted puede esperarme en el coche.

—Según mis órdenes no debo salir del hotel.

—Perdón, perdón... Soy Manfred, correo con plenas atribuciones, ¿comprende? Le ruego tenga a bien dignarse acompañarme.

—Puesto así, a la fuerza ahorcan. Vamos. ¿Recogemos a Irma?

—Fue al cine.

Estaba terminando Jordan su segundo pitillo, cuando Manfred regresó de su visita a la casa. Manfred había estacionado la «Gordini» en un estrecho sendero entre setos, a unos cincuenta metros de la carretera general.

El irritante agente de perversa mirada inquirió suavemente:

—¿Le molestará si le pregunto por qué empleó sus trucos

profesionales?

—¿Qué trucos?

—Será mejor que eche una ojeada a la Villa Romarin. Eso dicen las grandes letras doradas sobre el arco de la verja abierta. ¿Romarin?... De tan mal gusto como «Glycinas» o «Mi casita».

—¿Es preciso que vaya?

—No tiene que temer nada.

—¿Temer algo, yo? Vamos, no bromeo, hombre.

—No hay nadie. Los pájaros volaron. Pero hay algo que tiene usted que ver forzosamente.

Confortado por el contacto de su automática, fue remontando Jordan la alameda. El chalet era de estilo rococó embadurnado de rosa pálido, azul anémico y aleritos rojizos.

Dos plantas y un amplio balcón mirador. La puerta estaba entreabierta.

En el vestíbulo daba la impresión de sitio deshabitado, como si los inquilinos hubiesen huido aventados por una catástrofe.

—Es al extremo del pasillo —informó Manfred.

Apartó el cortinaje y bajaron unas escaleras. Empujó Manfred la puerta de acero, y comentó:

—Creo que es el compadre que fue responsable de su aventura, Ric.

Jordan vio al hombre que avistó en el porche al lado de Grego, cuando Adria cayó muerta sobre el coche.

Darsonval, desnudo el blancuzco torso, colgaba suspendido por las muñecas de la polea. Sus brazos parecían los de una muñeca de plástico. Largos y retorcidos.

Vivo era gordo y ahora parecía haberse deshinchado. Tenía la frente, el corazón y el estómago marcados con tres orificios por los cuales había manado la sangre ahora reseca.

—Al parecer, le resultó antipático a alguien —insinuó Manfred.

Reprimiendo una náusea, Jordan abandonó la salita de torturas.

Ocupando su sitio tras el volante, comentó Manfred:

—Informaré que el gordo fue sangrado definitivamente, por su torpeza al dejarle escapar. Y ahora vaya con cuidado. Le dejaré en las afueras. Tengo algunas cosas pendientes. Duerma una buena siesta.

Fue desfilando el litoral playero. Bajo el sol de media tarde, se

tostaban tritones en *slip* y sirenas en bikini.

Jordan envidiaba a toda aquella gente.

Parecían pertenecer a un mundo distinto. Un mundo siempre sonriente, despreocupado, ajeno al equilibrio de fuerzas y a la insidiosa guerra secreta, con sus numerosas víctimas diarias y anónimas.

Cuando se detuvo el coche en una rotonda distante dos kilómetros de Menton, indagó Jordan:

—¿Por qué no me lleva al hotel?

—No deben vernos juntos. Cuando salimos del hotel, íbamos distanciados. Usted será muy incógnito, pero yo no. Otra cosa. No se extrañe si no encuentra a Irma. Encontró casualmente un antiguo y ferviente admirador. Posiblemente está ofendida con usted.

—Me tiene ya sin cuidado. He comprendido que es una gata que jugó conmigo. Tengo ahora otras preocupaciones más importantes.

—Admiro al hombre fuerte que sabe renunciar a un deseo insatisfecho. Es el secreto de la felicidad. Volvamos a nuestros corderos. Esta misma noche a las once, Irma le esperará en este coche, en el jardín del hotel.

—¿Y usted?

—No deben vernos juntos.

—Le vieron ya entrar en el hotel.

—No me vieron. Empleé una entrada de servicio. En la estación de Montolivet, de Marsella, usted atravesará el andén central, a solas. Debo comprobar si le sigue alguien. Luego, irá al estacionamiento. Suba a un «Lagonda» de color azul noche. ¿Comprendido todo?

—Si quiere se lo recito.

—¿Por qué no?

Recitó Jordan el horario, lugares de contacto, marca y color del coche de relevo.

Bajando, echó a andar. Necesitaba un poco de aire puro y libertad. Pero estaba seguro que unos ojos invisibles seguían sus pasos cuando entró en Menton.

Dirigiéndose rectamente al hotel, subió a la habitación. Enorme y fría. Pidió dos frascos. Uno de vino blanco espumoso. Otro de coñac.

Desde una cabina de parador en la autopista, marcó Manfred

unos números.

Para Jordan actuaba de agente transmisor. Pero no comunicó con el Número Dos del Segundo Despacho, sino con el llamado Coordinador, jefe de grupo de una célula del espionaje germanooriental.

Reconoció la voz del Coordinador; que empleaba el tono sin matices de una telefonista informadora:

—En este momento, son exactamente las cinco, doce minutos, seis segundos...

—Habla Manfred, para decirle que todo ha salido perfectamente.

—Lo di por descontado.

—Está persuadido que todo ha sido preparado por su organización. Pulso es indiscutible que lo tiene, pero en el reparto de cerebros creo que no salió muy favorecido. ¿Alguna orden, Puchkin?

—Hasta luego. Manfred.

El Coordinador al ahorquillar el aparato sonreía maliciosamente. La operación tan cuidadosamente preparada desde meses antes se aproximaba a su punto culminante.

CAPÍTULO VIII

Jean Masur era un hombre tranquilo, muy observador. Dotado de una memoria excepcional para recordar rostros, y de un olfato extraordinario para detectar lo anormal.

Tres años antes, cuando el Segundo lo descubrió y enroló, era un simple periodista marsellés. Flambert hizo un llamamiento, a su sentido del deber, completado con una oferta de sólida paga mensual.

Masur quedó absorbido en el océano de la Seguridad Especial. Fue uno más del ejército sin uniforme que pasaban largas horas en las estaciones, aeródromos y puertos.

Ascendió a Coordinador.

Diariamente, cada cuatro horas transmitía su informe rutinario al Cuartel Central de París.

A las ocho de la noche del domingo efectuaba su transmisión ordinaria el agente receptor de París. Daba fin a su información, cuando el receptor anunció:

—Le comunico con Número Dos. Desea hablar urgentemente.

La áspera voz de Flambert silabeó:

—Présteme su máxima atención. Coloque auxiliares en torno al «Miramont» de Menton. Pasa a primer plano nuestro cazador «E». No es todavía seguro pero creemos que hay algo turbio en torno a «E». Estoy permanentemente a la escucha. Comuníqueme cualquier novedad relacionada con «E».

Eric Jordan se encontraba eufórico. Había dormido sin pesadillas. Había cenado espléndidamente. Varios cafés seguidos disiparon los vapores del alcohol ingerido, dejándole casi en estado de beatitud.

Al volante del «Gordini», esperaba Irma Blondel. Preciosa con su vestido de punto color alga.

Instalándose, agitó Jordan los dedos de la diestra:

—Hola, guapa. Son las once en punto. La noche es joven. Los pajaritos cantan y las nubes se levantan.

—Apesta a coñac, querido. No vamos de juerga, ¿sabes?

El coche se deslizaba al máximo por la autopista de la cornisa, cuando replicó Jordan plácidamente:

—Bebí para olvidar una ilusión chafada.

—Partícipame los secretos de tu corazoncito, Ric.

—No importa que destiles vinagra. Te prefiero así. Soy poco sensible, pero esta mañana capté en ti dos sentimientos hirientes hacía mi persona: desprecio y odio.

—Figuraciones, querido. Aunque realmente me humilló que anoche..., en vez de esperarme con ansiedad apasionada, te dedicabas a roncar.

—El cuerpo tiene cansancios que el corazón ignora, dijo Pascal. De todos modos, llegué a la conclusión de que no nacimos el uno para el otro.

—Exacto. Y ahora pongo música.

Conectó ella la radio. Mecido por la suspensión y las melodías, dormitó Jordan. Cuando se detuvo el coche, despertó embotado, pastosa la lengua y con un dolor de cabeza que reclamaba un tubo de aspirina.

—Hasta luego, Ric. Despéjate, por favor.

—Nada como el aire de Marsella. Este mistral despeja. Pese a la hora, había tránsito siempre en la estación de enlace de Montolivet.

Amparado por un grupo de colegiales regresando al seminternado tras una intensa jornada dominical, Masur siguió a Jordan.

Le pareció que «E» tenía aspecto de cansado y algo aturdido. Con cierta envidia pensó que era lógico después de pasar dos jornadas con la pelirroja Irma.

La expresión de Jordan cambió. Miraba al otro lado del vasto andén, y asintió levemente yendo hacia la salida del fondo.

Masur siguió la dirección de la cabezada.

Había un hombre apoyado contra una máquina distribuidora de pitillos. Unos treinta y cinco años. Rubio ceniza. Grandes orejas. Mentón huido.

El hombre siguió a Jordan.

Segundos después entraban en una «Lagonda» color azul oscuro, donde vagamente se perfilaba la melena roja de Irma.

Alzó Masur la zurda para acariciarse la ceja.

Un auxiliar montó en su furgoneta que llevaba un letrero muy corriente en la costa. Reparto de flores entre Grasse y todo el litoral.

Pasó Masur al estacionamiento delantero. Instalado tras el volante, manipuló en la emisora, hasta conectar con la central.

La voz restalló en su auricular:

—¡Flambert! Hable.

—Algo turbio, dijo usted, flotaba en tomo a «E». Se condensa la turbiedad. A las once salió del «Miramont». Le aguardaba Irma. Mi auxiliar me señalaba la ruta. Pude empalmar en Montolivet.

—¿Qué diablos es Montolivet?

—Estación al nordeste de Marsella. Enlace ferroviario. Constante bullicio. Es centro distribuidor de mercancías.

—Siga.

—En el andén central, un hombre le aguardaba. Irma dejó el «Gordini» y pasó a un «Lagonda». Allí fueron ambos. Un auxiliar mío les sigue. «Lagonda» azul oscuro. Matrícula DF9704N.

—Perfecto. ¿Podría reconocer al que aguardaba a «E»?

—Le he visto, no sé dónde. Su foto debe estar en mi fichero.

—Búsquela. La central le irá situando en mi onda. Confío en estar hacia la medianoche cerca de Marsella.

—Prodigioso.

—Nada es prodigioso. Un avión me trasladó a Lyon apenas comuniqué con usted. Sigo en mi cacharro particular. Descríbame el tipo que aguardaba a «E».

—Furtivo. Delgado. Unos treinta y cinco. Rubio ceniza. Orejas despegadas, grandes. Mentón en punta. Algo afeminado vistiendo. Tengo el pálpito de que figura en mi colección de fotos.

—A por él. Cierro.

A un lado del volante, se ladeó Manfred:

—Parece no estar en forma, viejo.

—Cené demasiado —gruñó Jordan.

—Y bebió también demasiado —puntualizó Irma sentada junto a Jordan.

—Se pasará con el aire fresco y durmiendo un poco. Por cierto, éste es Arno —y señaló al chófer.

—Hola —saludó Arno, conduciendo, sin volverse.

Tenía un cuello abultado como el morrillo de un toro, y hombros de descargador.

—Hola —replicó Jordan reclinando la nuca en el respaldo. Cerró los ojos.

—Dentro cuatro horas estará como nuevo —opinó Manfred.

—¿Tan lejos es? —indagó pastosamente Jordan.

—Bastaría media hora. Pero hemos de dar una serie de rodeos. Para despistar.

—¿A quién?

—Siempre hay curiosos. De afición o de oficio. Duerme, mi niño, duerme —canturreó Irma burlona.

Meditó Jordan en el instinto animal. Certero casi siempre. En un principio sintió una poderosa atracción sensual hacia la pelirroja. De pronto, algo en ella había variado.

Ya no le parecía una mujer deseable, sino un enemigo, un ser asexual, de malignidad hasta entonces encubierta.

Al norte de Marsella, en el barrio residencial llamado Les Aygalades, había una granja avícola. Su propietario era un hombre de aspecto inofensivo.

Criaba palomas y perdices en una torre alta. Los vecinos consideraban al hombre del palomar un amable orate, y Jean Masur se esforzaba en seguir pareciendo un soñador viviendo en las nubes.

A las cero y cuarenta de la noche del domingo, en la torre el palomar, Masur sintonizó con la onda del control de operaciones:

—L 26 estará dándole la ruta señalada. Deme usted el indicativo.

—Rueda la máquina —y tras la contraseña agregó el auxiliar que transmitía las órdenes—: Escucho.

—Un agente nuestro, codificado como «E», viaja en un «Lagonda» azul, número DF9704N. Salió de Montolivet Terminus a las cero veintidós. Se dirige al oeste por la A 4, Orden de prioridad. Seguir el «Lagonda». No debe ser, en ningún caso, seguido abiertamente ni interceptada. A distancia, y con informe situación cada diez minutos. No deben alertarse los ocupantes. Tres hombres y una mujer. Señáleme dispositivo.

—Dispositivo abierto.

—Comuníquelo a L 26. Aguardo.

El dispositivo abierto consistía en cuatro veloces furgonetas de transporte. Se relevaban cada seis kilómetros en su persecución a la inversa. Iban muy delante del coche que debían vigilar.

Apostadas estratégicamente, vigilando todas las carreteras laterales.

—Transmitido, señor. Escucho.

—Segunda prioridad. A transmitir al fichero. Necesito un especialista de la identificación, que seleccione todos los turistas cuya edad oscile entre treinta y cuarenta, cabellos rubio ceniza, legítimos o no. Señales particulares. Orejas despegadas y grandes. Mentón puntiagudo. Apenas reunidos los datos, envíeme el especialista a la sala Alta.

A un lado de la emisora-receptora había un gran mapa de la comarca.

Otros diversos en recuadros de gran escala. Con puntos luminosos encendiéndose a medida que Control señalaba las sucesivas localizaciones del «Lagonda».

Fuera de la torre, arrullaban unos palomos desvelados. Masur apoyó la palma en la culata de la metralleta reposando en el compartimento abierto bajo la gran mesa.

En la puerta, unos nudillos repicaron dos veces rápidamente. Tres espaciados. Pulsó Masur el resorte. La puerta chirrió suavemente. Entró Flambert.

—Bienvenido, patrón —saludó Masur.

Yendo rectamente a contemplar el cuadrante que iba poblándose de lucecitas rojas, gruñó el Número Dos:

—Nos espera una noche blanca, Masur.

Masur colocó sobre la mesa un frasco de Old Ye Monk. Escanció dos dosis. El líquido ambarino sirvió de trasluz a Flambert mientras señalaba la puerta.

—Un tipo se escondió dejándome paso preferente. ¿Centinela?

—Estaban avisados de dejarle paso. Siempre están escondidos.

—Éste subía por la escalera cubierta. Alto, flaco, de nariz corva, y gafas de grueso cristal.

—Ah... Es el especialista de identificación. Prudente. Espera a saber por los ruidos, si usted es bienvenido o no. Ahí le tenemos.

Dos golpes rápidos y tres espaciados precedieron la entrada del especialista, alto, flaco y de corva nariz. Llevaba un voluminoso

portafolios. Parecía un mochuelo mirando a los dos ocupantes de la sala.

—El coronel —presentó Masur señalando a Flambert—. Siéntese, Leroc. Muéstreme su selección de fotos.

Perfectas. A todo color. De frente y de dos perfiles. Con diversos maquillajes. Masur iba denegando con el índice, hasta que lo posó sobre una hoja conteniendo seis fotos.

—Éste es nuestro turista.

—Bravo —aprobó Flambert—. Historial, Leroc.

Extrajo el especialista un archivo de su portafolios. Su pulgar resbaló por las orejetas de cifras y letras. Abrió, y chasqueó la lengua, como un profesor ante el expediente de un alumno incorregible.

Apremió Flambert:

—Ilústrenos detalladamente sobre nuestro turista.

La entonación de Leroc era profesionalmente aburrida, doctoral:

—Su verdadero nombre es Alfred Manhed. Diversos alias: Alexis, en las dos Alemanias, Friedman en Suiza, Manfred en Francia. Nacido el 28 en Lundhof, Prusia oriental. Educado excelentemente en universidades alemanas, inglesas y francesas. Período de entrenamiento especial en Rusia. Largas ausencias entre viajes rápidos.

—¿Su especialidad? —Ladró Flambert.

—Considerado uno de los mejores polivalentes del K.B.C. Ha contribuido en tres defecciones importantes. Largas permanencias en Berlín Este. Fue visto cómo asistente en varios procesos públicos en Moscú. Intentaron repetidamente filtrarlo en misiones culturales. El Ministerio pertinente solicitó fuese tachado de la lista, negándole el «placet». Ya no me necesitan, supongo.

—Gracias, Leroc. Déjeme la copia.

Salió Leroc. La puerta volvió a encajarse, aislando. Masur señaló la foto:

—Me pregunto por qué no se le ocurrió a Manfred recurrir a la cirugía estética.

—Yo me pregunto por qué habrán incrustado a Manfred en este asunto. Debe ser algo magistralmente importante para que hayan empleado a Manfred.

Hizo oscilar la nueva dosis de *whisky* en su vaso. Parecía pensar

en voz alta:

—Me está fallando el instinto últimamente. Nunca hubiese creído a «E» capaz de traiciones. Y éste es el dilema, Masur. ¿Quién es Judas? ¿El apolíneo «E»? ¿La despampanante pelirroja Irma?

Zumbó un llamador. Se encendió una luz amarilla en el Haircraft Zenit.

Pulsó Masur el dictáfono, para que Flambert pudiera oír:

—Transmite Control. Han perdido el contacto. Repito. Aquí. Rueda la máquina. Han perdido el contacto. Escucho...

El coronel Flambert lanzó varias imprecaciones.

Masur, lacónicamente, silabeó:

—¿Dónde tuvo lugar la pérdida de contacto?

—Coordenadas

14 064 426.

Un punto X en la ruta de Lestaque, al este de Chateau Gombert. Literalmente reproduzco mensaje agente L 28... «La Lagonda se ha esfumado en la noche. Imposible localizarla».

CAPÍTULO IX

La «Lagonda» se detuvo en un extremo del largo túnel natural de la cantera abandonada.

Manfred y Arno mantuvieron las espesas cortinillas echadas desde una hora antes. Encendió Arno las luces esquinadas.

Jordan iba revistiendo el «mono» de camuflaje de color hoja seca estriado de verde. Irma Blondel presentó un pincel sumergido en un bote.

—Seca inmediatamente, querido. Bastarán unas líneas. Así entre las ramas no te distinguirán.

Poco después se miraba Jordan en el espejito que tendía Irma:

—El mono en el cocotero —rezongó malhumorado.

—Digamos mejor el camaleón invisible —sonrió Manfred—. Ahora alimente su herramienta.

Señalaba el rifle abierto, un cargador y una caja de cartuchos de fogueo. Jordan introdujo cinco cartuchos, presionando para comprobar que funcionaba bien el resorte del cargador.

Apuntó con el índice la minúscula cámara sobre el cañón, ajustada en plano inferior al punto de mira y lente.

—¿Cómo diantres cargo este trasto?

—Yo lo haré.

Cogiendo el rifle, Manfred dejó caer suavemente el cargador, sobre su regazo. Encajó uno conteniendo cinco cartuchos en apariencia iguales. Pero tenían hocico de cuproniquel forrando plomo. Excelentes balas 303.

Hablaba:

—La película es ultrasensible. Cuando usted pulse el gatillo, entrará en rodaje la cámara. Bien.

Mostró ahora el rifle siempre abierto.

—Para cerrarlo y cargar el primer cartucho de fogueo, deberá usted evitar cualquier roce de gatillo. Podría desconectar la

«Minolta». Y Flambert se pondría furioso.

—Oiga, hágame el favor completo, ¿quiere? —solicitó Jordan aburrido.

Cerró Manfred el arma mortal. Contaba con aquella reacción de «E».

Tirando de cerrojo, introdujo Manfred una bala blindada en el cañón.

—Toda suya, viejo. Pepinillo en el cañón, y puesto el doble seguro. Este resalte estriado. Basta empujar como señala la rayita. El arma más segura jamás construida. Cuando ya esté en su puesto, no mueva demasiado la culata. Podría desconectar la «Minolta».

Cogiendo el rifle, Jordan inquirió:

—En pleno día, desplazarme así puede llamar la atención, ¿o me juzga demasiado susceptible?

—Irma estará cerca. Le proporcionará líquido para borrarse los tiznes. Bastará que entierre su cubrerropa, envolviéndolo en torno al rifle. Podría desearle buena suerte, pero no hace falta. Todo será sencillo. Bajemos, Arno. Le espero en la bocana, para orientarle. Arno vigilará la otra bocana.

Bajaron los dos hombres. Irma Blondel sacudió su roja melena. Dijo:

—Disponemos de un cuarto de hora a solas, mientras ellos exploran. Te considero un fenómeno, Ric.

—Disfrazado así, cualquiera...

—Eres el primer hombre que se durmió esperándome en sitio y momento propicio para todo menos dormir.

—Ayer pasé... mejor dicho, el sábado pasé por grandes emociones.

—Seguro que una de ellas fue en compañía de la rubia Adria.

—Sí. Era muy mujer.

—¿No lo soy yo acaso?

—Hay algo en ti... y perdona, casi repelente. Tu envoltura es carnalmente fascinante. Pero serán manías... Creo que dentro eres infinitamente perversa, inhumana, calculadora y desprovista de alma.

—Mira quién habla... Flambert en persona, te juzga frío, inhumano y dotado de tanta sensibilidad como un matarife.

Avanzó ella el labio inferior. Un mohín incitante. La boca

carnosa parecía burlarse del que experimentó de pronto un extraño impulso homicida. Casi le avergonzaba la idea.

Hubiese asesinado con gran satisfacción por vez primera. Y a una mujer. Sus grises ojos adquirieron una repentina gelidez, porque era increíble lo que le ocurría. Una mujer tan bonita...

Irma Blondel dilatadas las pupilas, sintió un escalofrío. Aquella mirada era despiadada. El rictus en la comisura de la boca completaba la expresión de verdugo implacable.

Casi fue un instinto de conservación el que hizo que ella pretendiera defenderse de un incomprensible temor nunca experimentado.

Recurrió a su mejor arma. Parpadeando susurró:

—Te equivocas conmigo, Ric. Te quiero. Estaba solamente ofendida porque me despreciaste... Bésame, Ric.

Pero aplicaba ella ya sus labios. Una sabía ventosa. Y el sonrosado interior del vehículo se convirtió en granate envolviendo estallidos de infinito éxtasis.

El coronel Flambert llevaba media hora sintonizando con la Central. Había puesto en movimiento al personal de Archivos. Terminada la recepción, regresó a su contemplación el licor ambarino.

—Su primera teoría era acertada, Masur. Podía tratarse de algo relacionado con la Base de Gabarit. Queda confirmado. La Central tiene el expediente completo sobre Gabarit. Pero ya sacaron las transparencias y no cabe duda alguna. Alguien sacó copias de los últimos documentos.

—¿Una «fuga»?

—Exacto. ¿Quién? Más tarde lo averiguaremos. Rebusque ahora en su archivador todo lo que se refiera a Gabarit.

Masur pareció querer abrir una pared. Palpaba. Y la pared se abrió para mostrar un amplio armario empotrado de metálicas estanterías repletas de archivadores.

Fue esparciendo sobre la mesa mapas, planos y fotos. Chasqueó los dedos.

—Curioso... A las once de la mañana, visitará la Base el Duque.

—¿Ah, sí? Masur, amigo mío, es usted un talento. Le funciona magistralmente su radar intuitivo. ¿Sabe quién es realmente mi agente «E»? Un ejecutor. Pruebe ahora de atar cabos.

Iba examinando los documentos con ayuda de la placa de aumento. Masur reflexionó en voz alta:

—Lo que se me ocurre pensar es descabellado, casi inverosímil.

—¿Acaso hay algo verosímil que no haya sido antes increíble en nuestro condenado oficio? Manfred convence a nuestro ejecutor. Desaparecen por las cercanías de Gabarit. Estos dos últimos puntos, no son teorías, sino evidencias, ¿de acuerdo?

—Lo son.

—No pretenden asaltar la Base. Es imposible por irrealizable. Pero comparto su teoría que le parece descabellada. Su operación, la de Manfred, tiene dos objetivos. Asesinar al Duque, el primero, y menos importante. Su objetivo final es hundir nuestra Sección.

—¿Qué utilidad reportará?

—Desacreditar públicamente es un arma empleada con frecuencia. Dije, públicamente. Por consiguiente, el atentado será público. El agente «E» puede disparar sobre el coche del Duque durante su trayecto... No. Viajará en coche blindado, supongo.

—Bien supuesto, coronel.

—Por consiguiente, el mejor momento es cuando el Duque pase revista a las fuerzas que le rindan los honores consabidos. Preste ahora atención... La pregunta es capciosa... ¿Qué haría usted si quisiese dispararle a un gran personaje y a la vez hacerse capturar?

—Perdón, perdón... Déjeme colocarme en el pellejo de «E». Si ha sido comprado elegirá un lugar desde donde pueda escaparse... Ahora bien, si ha sido engañado...

—¡Eso mismo! Apuesto sobre esta carta. Fue engañado.

—Entonces, déjeme colocarme en el pellejo del que le engañó. Manfred. Yo, si fuese Manfred, lo situaría...

Masur y Flambert estudiaban con intensa concentración la serie de fotos aéreas de los contornos de la Base Gabarit.

Insinuó Flambert:

—Para desacreditar mi Sección, tienen que pescar a te agente mío. Lograrían demostrar que «E» es agente mío. Por consiguiente, Manfred le habrá proporcionado un arma muy ruidosa, de rápida localización.

Eric Jordan vio desaparecer la «Lagonda» en la noche. Una noche tibia y clara. Con cierta lividez en el horizonte anunciando el alba. Respiraba olor a tomillo y retama. El olor dulzón del verano y

de los paseos por el bosque con provincianas románticas.

Encajada la correa del rifle al hombro, penetró por unos setos. Y maldijo a Flambert.

Un sádico, eso es lo que era el condenado Flambert. Estaría durmiendo tranquilamente, riéndose en sueños, evocándole a él, a «E», vagabundeando por la campiña, salpicándose con estiércol de vaca, y torciéndose los tobillos en grietas para conejos.

Llegó por fin a la cresta señalada por Manfred. Se agazapó en la hierba para no destacarse en el halo gris.

Abajo, en una oscura lejanía se extendía la Base de Gabarit.

Hacía ya diez minutos que oía el agudo silbido de reactores. De pronto, el zumbido se amplificó en un rugido insoportable.

Veía las luces rojas y verdes replicarse y desplazarse velozmente a lo largo de una pista. Y el enorme triángulo sombrío de un bombardero V despegó, aumentando su gigantesca estructura en forma pavorosa.

Le pareció a Jordan que el estruendo le ahogaba y que la máquina infernal acudía a aplastarse directamente encima suyo.

Se aplastó instintivamente contra la jugosa y húmeda hierba.

El avión picó recto al cielo, lejos a su izquierda, mientras la tierra retemblaba al impacto de sus motores.

Esta incidencia le provocó una de sus crisis nerviosas. Hasta entonces, aparte la serie de insultos dirigidos a Flambert, Jordan había estado relativamente calmoso.

Le agradaba la campiña y evocaba su infancia. Pero el estrépito del maldito avión le había puesto los nervios a flor de piel.

Divisaba los cuatro árboles. Bajó hacia ellos, atento el oído al menor rumor, latiéndole el corazón a un ritmo anormal, y nuevamente acometido por su atroz angustia abdominal.

Había cuatro árboles. En tosco recuadro bordeado de matorrales que formaba una especie de embudo. Sentándose en el centro, colocó Jordan cuidadosamente el rifle a su lado.

Pronto amanecería. No se sentía a gusto. Tenía la impresión de no estar solo. Giró la cabeza lentamente. Lanzando ojeadas rápidas hacia los matorrales, y a lo alto, en las espesas ramas que formaban bóveda.

Estaba solo. No cabía duda.

Dejó vagar su mente por derroteros amables. Cumpliría esta

misión, pero luego hablaría con Flambert. Le diría que tenía neurosis, que deseaba una licencia temporal. Se callaría la verdad. No quería nunca más oír la fatídica palabra. Prensa.

Cabeceó en el torpor del silencio. Hasta que recordó la finalidad de su presencia en aquel sitio tan solitario.

Recogiendo el rifle fue hacia los matorrales para buscar un buen emplazamiento de tiro. Un repliegue del terreno conducía a una brecha entre los matorrales.

Veía la autopista y disponía de un ángulo descubierto enfocando la verja principal y sus contornos.

Tendiéndose sobre el estómago, se retorció hasta encontrar la posición cómoda. Una cobertura excelente.

Apoyado el rifle sobre un resalte de sólida tierra, encajó la culata en su hombro y miró por el lente.

Un policía militar, de guardia, deambulaba solitario de una garita a otra. Jordan situó la crucecita blanca central del lente exactamente en el blanco casco del centinela.

Todo sería fácil. Sonrió. Alargado el índice junto al gatillo que creía inofensivo, recordó sus películas favoritas: indios y vaqueros.

Imitó la detonación:

—«¡Paáácúúúm!».

Un ruido en la arboleda le hizo respingar. Casi soltó el rifle para alzar los ojos.

—Malditos lechuzos —rezongó febrilmente.

No eran más que bebés de mochuelo, escondidos entre el ramaje, esperando que su mamá les trajera el desayuno. Un suculento pedacito de ratón.

Jordan volvió al centro del recuadro, y dejando el rifle en la hierba, se lamentó entre dientes:

—Siete horas aquí esperando. Y mientras el muy comodón de Flambert roncando a pierna suelta.

Rebuscó hasta sacar un cigarrillo, encendiéndolo entre la cuenca de sus manos. Exhaló un redondel de humo bastante simétrico.

No oyó el movimiento cauteloso a sus espaldas.

Un instante después, estaba boca abajo, debatiéndose con fuerza, pero inútilmente.

Dos brazos le rodeaban las piernas.

Y una manga bien repleta de músculos ejercitados, le

amordazaba.

CAPÍTULO X

Primero pensó que había sido sorprendido por comandos de la Base. Luego, el comentario que oyó, le dejó más confundido todavía:

—Calculamos perfectamente, Masur. Este orangután se hallaba donde debía hallarse.

La manga se apartó un poco de su boca. Medio sofocado tartajéo Jordan:

—¡Desmonte, caray! ¡No soy un penco!

—Vaya manera de hablar con sus superiores, Ric —ronroneó Flambert.

Jadeante, se contorsionó Jordan para contemplar el rostro demoníaco, que rezumaba sarcasmo, del Número Dos. Y fue exhalando su amargura:

—Tuve que imaginármelo... Usted y sus... planes bestiales... Bien, ya me tomó bastante el pelo con su ejercicio... Quédese ya con su Compacto y su Armiño y toda la pesca...

Flambert se levantó y Masur imitándole se apartó un poco, sin dejar de vigilar al agente «E». El tono de Flambert se hizo agresivo:

—Vamos, muchacho... Esto no es la televisión. No podemos esperar el próximo episodio hasta la semana próxima. No soy adivino. Desembuche toda su historieta.

Apoyadas las manos en el suelo, giró Jordan para volverse boca arriba, y quedó sentado. Un ejercicio gimnástico perfecto.

Sentándose sobre sus tacones, Flambert aproximó su rostro al de Jordan:

—Hable pronto y claro. Póngame nervioso y le juro que llamará a su madre.

Eric Jordan habló incesantemente, en chorro verbal de rotunda sinceridad. Al terminar, agotado, vio cómo Masur hacía eyacular del rifle los cinco cartuchos 303.

Flambert recogió las cinco balas. Las mostró a Jordan en la palma de su ancha diestra. Y opinó:

—Es usted una nulidad, muchacho. Un perfecto botarate.

—No lo niego —admitió Jordan.

Había abdicado toda dignidad. La continuación ya la sabía. Era inevitable. Tenía que contar lo otro. La Verdad. Su condición pacífica.

—Tengo que confesarle otra cosa, Flambert...

—Ahora no —y el tono de Flambert se suavizó—. Es usted un melón, Ric. Pero lo que le ha pasado, pudo sucederle a cualquiera de nosotros. Bien, nos interesa mucho Manfred. Creo que debemos seguirles el juego hasta el fin, Masur, ¿conformes?

—Es lo más sensato, coronel.

Flambert fruncía el ceño reflexionando. Jordan arqueó las cejas. Un coronel. Lo que le faltaba... Consejo de guerra a la vista...

—Evidentemente colocarán algún cómplice por allá cerca, a las once. Si cercamos la zona, tenemos probabilidades de cazar a Manfred. Deme su opinión, Masur.

—¿Quiere usted prevenir al Duque y dejar que Ric dispare dos cartuchos de fogeo?

—No, Ric no. No lo voy a dejar aquí. Hay algo que no encaja bien. Falta una pieza en este rompecabezas. No van a contentarse sencillamente con liquidar al Duque. Hay algo más.

Se dirigió al emplazamiento de tiro que había elegido Jordan. Durante cinco minutos contempló el aeródromo. Regresando se plantó ante Masur y Jordan, brazos en jarras:

—Ya está. Voy con Ric a la base. Daremos un rodeo para elegir terreno propicio a no ser vistos. Usted, Masur, con su portátil dará las instrucciones de cercar ampliamente la zona. Haré que el Duque no baje del coche, pero abrirán la portezuela. Usted, Masur, disparará entonces, al aire lógicamente, ¿conformes?

—De acuerdo, coronel.

—Apenas resuenen los estampidos, los que escoltan al Duque cumplirán mis instrucciones. Restallarán la portezuela, franquearán la verja a todo gas, y la ambientación del pánico surtirá sus efectos. El turista que esté observando, creará que la primera parte se realizó bien. Jordan escuchaba intentando comprender. Masur asentía complacido.

—Si el plan de Manfred comporta como supongo, una segunda fase, pasarán a la ejecución. Ric y yo estaremos en la torre de control. Veremos todo el campo y el terreno de aterrizaje. Esté listo para cualquier eventualidad, Masur. Suceda lo que suceda, tendremos que funcionar casi por reflejos. ¿Todo comprendido, Masur?

—A sus órdenes, coronel.

—Vamos, Ric. Prosigue la excursión.

Durante la larga caminata, avanzando con tácticas de piel roja, Jordan intentó varias veces hacer algún comentario.

Era siempre atajado por el mismo ladrido:

—¡No quiero saber nada hasta el mediodía! Mutis. Boca cerrada.

A las diez y cuarenta, Eric Jordan, bañado y vistiendo dril gris, de aviación, contemplaba el campo surcado de pistas. Apareció un «Rapier» que parecía muy lento, como suspendido de un hilo invisible.

Tocó tierra, sus cauchos escupieron bocanadas de humo entre el rugido de los reactores sometidos a propulsión inversa.

En un ventanal, Flambert enfocaba sus prismáticos hacia la verja. Un «jeep» oficial se detenía ante el cuerpo de guardia. Un policía militar se inclinaba, revisando los carnets que le presentaban.

—Infórmese por favor —pidió Flambert— sobre quiénes son los del «jeep».

La auxiliar conectó una manija en su centralita...

Jordan pensó que la conductora del «jeep», una auxiliar uniformada, tenía un vago parecido con Irma Blondel.

—Es personal de oficinas que fue a suministros, coronel —informó la telefonista.

El reloj eléctrico iba royendo minutos. Comentó Jordan:

—No me era simpática, pero me preocupa la suerte que haya podido correr Irma con aquellos bandidos.

—Han encontrado la «Lagonda», abandonada, naturalmente. Tenemos otras cosas en que pensar. ¡Oiga, joven! ¡Pregunte quiénes son esos otros viajeros con un «jeep» idéntico!

La telefonista miró perpleja al oficial de torre que acababa de entrar. Y que por el micrófono, habló unos instantes. Luego,

dirigiéndose a Flambert, dijo:

—Otro grupo. También vienen de Suministros.

—¡Que los retengan! Ya son dos grupos...

—Pero éste lo dirige el capitán Martín. Lo conozco bien...

—Entonces, el otro grupo...

Pero Flambert no prosiguió. El oficial se abalanzaba a la centralilla. Casi rugía:

—¿Quién autorizó a Vanel a poner en marcha el «Viper»? Se adelanta cinco minutos al horario.

El zumbido progresivo de un reactor ascendía a la derecha de la pista. Jordan alargó el cuerpo para poder ver el hocico afilado de un avión.

Sobresalía aquel morro negro y puntiagudo de un grupo de pequeños hangares, a una distancia de más de un kilómetro, junto a la pista circular que rodeaba el campo.

El oficial empleaba un tono conciso, autoritario:

—¡Control! ¡Llamando a Uno, Cuatro, Cinco, Eco! ¡Atento, Vanel! ¡No le dieron autorización para calentar los motores! ¡Conteste!

Flambert parecía atónito:

—¿Tienen aquí el prototipo «Viper» Espacial?

—Allí está —y el oficial señalaba hacia los hangares donde asomaba el negro cabezón afilado—. Y Vanel no contesta.

—No lo vi. No creía que hoy iban a exhibirlo... ¡Ya está! Creo que tengo la pieza que faltaba en el rompecabezas. Es el «Viper».

La telefonista manifestó extrañada:

—Tampoco contesta el equipo de tierra de Vanel, teniente.

Decía el oficial:

—El piloto de pruebas, Vanel, trajo anoche el «Viper» Espacial. Vino con su equipo. Presentarán el modelo al Duque...

Ladró Flambert:

—¿Dónde encuentro un coche rápido?

—Hay un «MG» abajo. El mío. Color guinda.

—¡Las llaves, pronto! ¡Vamos, Ric!

Arrebatando las llaves de manos del oficial, salió corriendo, seguido por Jordan, estupefacto.

Bajaban las escaleras en espiral, cuando oyeron los dos lejanos disparos, que resonaban espaciados.

—¡Llegó el Duque! ¡Masur disparó! —jadeaba Flambert.

El «MG» color guinda estaba ya roncando cuando Jordan se desplomó junto a Flambert. El coche partió como una bala. Los neumáticos aullaban, derrapando la pista circular.

—¿Lleva su herramienta?

—La... dejé... en mi otro pantalón...

—¡Tome ésta! ¡La va a necesitar!

Manejaba con una mano. Echó sobre el regazo de Jordan una «Star» nueve corto.

—¿Qué sucede? No tengo ni idea, coronel.

—Aquel trasto. El «Viper».

Delante de ellos, el avión rodaba lentamente, virando al extremo de la pista, a unos ochocientos metros.

Primero mostraba una triple antena, precediendo un hocico agudo que se redondeaba en la cara inferior alargándose en bulboso cilindro.

Las alas muy estilizadas formaban un ángulo agudo. Y el fuselaje remontaba bruscamente, dibujando una «V» bajo la cual veíanse las dos formas tubulares de los reactores.

La máquina parecía inclinarse hacia el suelo erguida sobre sus dos flacas patas: las horquillas del tren de aterrizaje.

El conjunto daba la impresión de un animal salvaje, de un grotesco reptil volador prehistórico.

—Un trasto raro —gritó Jordan.

—Pertenece al Plan M 92. Dispositivo de busca y destrucción de cohetes.

Recordó Jordan haber leído algo sobre el Plan M 92. Un rayo mortal para cohetes. Con alcance superior a los ochocientos kilómetros. Podría localizar y explotar en vuelo un cohete enemigo, tres minutos después de su lanzamiento.

Se ensayaban prototipos de avión para transportar dicho M 92. Uno de ellos era aquel «Viper».

Al pasar en tromba por el estacionamiento anterior del «Viper», pudo divisar Jordan tres cuerpos tendidos en el suelo. Uno llevaba equipo de piloto.

—¡Sus amigos llegaron en el primer «jeep»! —bramó Flambert—. Eliminaron al equipo. ¡El atentado al Duque no era más que maniobra de diversión! ¡Agárrese bien!

Iban ganando terreno. Flambert abandonó la pista, para evitar el ventarrón de los motores.

Percibió Jordan de perfil el «Viper». Había una abertura oblonga en el fuselaje. Una silueta se esforzaba brazos en aspa, para encajar la compuerta.

Rebotaba el «MG» por la hierba que bordeaba la pista. Nada tenía ya estabilidad a los ojos de Jordan. Paisaje, «Viper», suelo... todo trepidaba retemblando.

La silueta en la abertura volvió la cabeza y los vio.

Sus grandes orejas se estremecían como pámpanos agitados por el viento. Era Manfred.

Flambert embolsó apretando a fondo el pedal, como si quisiera embestir el avión. Jordan agarrado al asiento, sacudido a uno y otro lado, estaba aterrorizado.

Vio a Manfred volverse, y alzar una mano. Entre dos baches, bramó Flambert:

—¡Liquídalo, Jordan, pronto!

Súbitamente, la urgencia de la situación le endureció y dominando su miedo, decidió ejecutar a Manfred. Tendió el brazo, cerrando el ojo izquierdo.

Pero antes que pudiera apretar el gatillo, percibió las tres chispas brotando de la abertura del avión. Algo crujió por encima de su cabeza. El parabrisas se astilló en fina nievisca.

El «MG» pivotó bruscamente y oyó a Flambert respirar fatigosamente. El coche volvió a proyectarse en línea recta. Jordan alzó nuevamente el brazo.

Apuntaba las piernas de Manfred. Disparó dos veces. La abertura iba haciéndose enorme como una boca negra de gigante voraz.

Manfred pareció querer abrazarse las rodillas. Chillando, arañó el vacío al caer doblado hacia delante y rebotó en el asfalto, ante las ruedas del coche aproximándose a toda velocidad.

El «MG» bandeó cuando el cuerpo tropezó con el parachoques delantero. Inclínándose a un lado, tras escorar, volvió a caer sobre las cuatro ruedas, abalanzado.

El fuselaje y la abertura estaban ya muy cerca. Jordan oía los reactores tronar encima sus cabezas con silbidos agudísimos.

Miró a Flambert encogido sobre el volante, bañada la camisa en sangre en su hombro izquierdo donde había alojado un balazo de

Manfred.

—¡No puedo ya... aguantar mucho...! —gritó Flambert—. ¡Suba al avión! ¡Impida que despegue...!

Como alucinado por las voces del coronel, Jordan se dispuso a obedecer. Subió sobre el asiento, agarrándose al borde alto del parabrisas, fijos los ojos en la brecha oscura abierta en la panza del avión.

—¡Salte...! ¡Ya...! —gritó Flambert.

Se lanzó hacia arriba en zambullida a la inversa. Abriendo los brazos al penetrar en el interior. Colgantes las piernas, apoyó ambos brazos sobre el suelo del aparato.

Hizo una contracción gimnástica, y penetrando, se arrastró, con el aliento cortado por el ejercicio violento.

En el mismo instante en que se quedaba boca abajo, quieto, tratando de recobrar la respiración, el «Viper» pareció saltar, dejando atrás al «MG».

Sentándose, nublada la mirada, trepidándole el corazón y boqueando como un pez fuera del agua, comprobó que el suelo del aparato se inclinaba. Y deslizándose, se cerraba la compuerta.

Saltó en pie agarrándose a una corta barra vertical, junto a una ventanilla circular.

Veía muy lejos el «MG» con Flambert abatido inmóvil sobre el volante. Y la pista que desfilaba, la tierra que volaba... Hangares minúsculos, campos para enanos, árboles que parecían aceitunas pinchadas en palillo.

El «Viper» Espacial acababa de despegar.

CAPÍTULO XI

Limpiándose la saliva con el dorso de la mano, comprobó alelado, que seguía empuñando el revólver. El fuselaje avanzaba entre dos hileras de lo que debían ser equipos de radar, con instrumental extraño y pantallas.

Por el estrecho pasillo se dirigió a la pequeña puerta que daba a la cabina de pilotaje. El miedo era su constante compañero, pero ya no temblaba.

Su mente se habituaba inconscientemente a la situación. Lo que importaba, y cuanto antes, era obligar al piloto a dar media vuelta.

Giró la empuñadura y atrajo. La puerta se abrió violentamente, y Jordan penetró en la cabina de mandos. Encañonaba el asiento del piloto.

El peligro era tan constante desde hacía minutos, que no tenía ya tiempo de pensar en el peligro. Gritó:

—¡Media vuelta al cacharro! ¡Se acabó!

Empuñando los mandos, el Coordinador de la Célula de que formaron parte Darsonval y Manfred, volvió la cabeza.

Jordan, dilatados los ojos, boquiabierto, colgante el brazo armado, era la viva estatua del asombro.

El Coordinador permaneció un instante en silencio para recobrarse de la sorpresa ante la inesperada irrupción. Luego, dijo calmamente:

—¿Con que otra vez conmigo, Ric? Me figuré que algo iba mal, pero supuse que Manfred resolvería el problema.

Volviendo nuevamente la cabeza, Irma Blondel se concentró en lanzar al «Viper» hacia el sol.

Los motores apenas hacían más ruido que un aspirador que funcionase en una habitación contigua. La vibración del suelo era leve. Pensó Jordan que casi parecía como si estuviera sobre suelo firme.

No profundizó el pensamiento de lo que tenía bajo los pies. Aire y cielo.

Cuando habló, la voz le salió ronca, en el colmo de la incredulidad:

—O sea que tú eres la que planeó todo... Bueno... Ahora vas a dar media vuelta. Te tengo encañonada...

—Sobre la puerta hay un mecanismo parecido al de una caja fuerte. Hay que presurizar la cabina o sino, en unos minutos perderemos el sentido, y moriremos los dos. Dale una vuelta completa a la palanca. ¡Pronto! ¡Estamos subiendo mucho, Ric!

Maquinalmente obedeció haciendo girar el torno. Pensaba: «Es ridículo. Es imposible».

—Irma... Si no das media vuelta, tendré que pegarte un tiro...

—¿Sí? ¿Y qué harías entonces dentro de este super-bólido, Ric?

Jordan se deslizó en el asiento del copiloto. Dirigido de lado el revólver hacia ella.

La falda de uniforme
gris-azul

estaba muy alta. Las largas y preciosas piernas se estiraban elegantemente hacia los pedales de caucho que controlaba con leves toques de pie.

—Has de conformarte con lo inevitable, Ric. Te llevo simplemente al lugar donde aterrizaré. No te inquietes. Cada fin de semana, cuando esquivaba la vigilancia, o sabía que no me controlaban, pasaba horas y horas pilotando reactores en cierta base. Y durante mis vacaciones últimas...

—Escucha, pronto te localizarán y te forzarán a aterrizar. Todas las estaciones de localización...

—Me tienen sin cuidado. Fíjate en esto —y mostró una cajita negra fijada por adherentes de goma en el parabrisas. Parecía un transistor barato—. Un «nublador» de radar. Interfiere las ondas impidiendo funcionar la radio. Último grito de la técnica. No está aún del todo a punto, pero sirve para unos veinte minutos. Nos bastarán. No enviarán cazas, salvo en última instancia. Es demasiado precioso para ellos este pájaro. Este golpe lo teníamos planeado hace tiempo, sabes... Pensamos en todo.

—Pero ¿cómo diablos tú...? —Y Jordan oscilaba entre la curiosidad y el terror.

—En el fondo, los más sabios son ingenuos a veces. Cuando ingresé en el Departamento del Segundo, hicieron toda clase de investigaciones. Quedaron satisfechos. Soy apolítica. Pero, hace cuatro años, un hombre me habló. Supo hallar mi punto débil.

—¿Tienes acaso alguno?

—Sí, querido. Soñaba con ser más que millonaria. Aquel hombre me garantizó que si lograba entrar en el Servicio Secreto Francés, algún día podrían darme millones por algo que valiese la pena. Esto —y taconeó ella levemente sobre el suelo de la carlinga—. Cada verano pasé mis vacaciones en Suiza. Este año fui nombrada Coordinador de un grupo. Objetivo: este modelo.

—¿Y yo... para qué diablos...?

—Camuflaje, primero. Iría contigo de aventurilla amorosa. Llegado el momento te hubiesen secuestrado. Pero... dime, ¿entonces no le disparaste al Duque?

—Está bien vivo. Flambert lo arregló todo. Alguien me vigilaba en el hotel, y mi desaparición entre tres y diez la tarde del sábado, les intrigó.

—Éste fue un error de Darsonval. Por eso luego preferí emplearte como tirador aprovechando la visita del Duque, para crear la necesaria confusión. Pagó Darsonval caro su error.

—¿El gordo? Pero... ¡fuiste tú quién...!

—Manfred te llevó a ver el cadáver, para que confiases más en él. No es crueldad gratuita, Ric. Es la guerra, querido. También Arno, el chófer, cayó muerto cuando atacamos el equipo de vuelo.

Ajustó las manillas y apoyó un botón a la izquierda del cuadro de mando.

—Dejaremos trabajar un poco el piloto automático.

El bólido había perforado nubes. El parabrisas quedó salpicado de gotitas, como rocío irisado.

El absurdo en que vivía le hacía dudar a Jordan del buen estado de su cerebro. Hablaban tranquilamente, como una pareja vulgar...

—Escucha, Irma... Te doy una última oportunidad. Media vuelta y regresemos a la normalidad. No me importan las consecuencias... si tengo que pegarte un tiro.

—No seas pelmazo. No puedes hacer nada. Anda, dame los pitillos.

Extendió la zurda para coger la pitillera que ella señalaba en el

suelo.

Irma le empujó la diestra contra el cuadrante. Cayó el revólver.

Por reacción instintiva, fustigó Jordan con la zurda abierta, juntos los dedos, apretado el pulgar, para dar al golpe el máximo de tajo.

El cantazo restalló tras la oreja derecha de Irma Blondel, que se desplomó a un lado del sillín. Levantándose la enderezó Jordan, y pasándole las manos bajo los sobacos, meditó febrilmente; en voz alta:

—¿Dónde te pongo ahora? ¿Y qué hago...? De momento... Aquí.

La sentó en el sillín de copiloto, atándola con los ceñidores de seguridad. Caída la cabeza, estaba ella profundamente conmocionada. Un golpe de judo, demasiado seco.

Recogiendo el revólver, sentóse Jordan maquinalmente en el sillín de piloto. Sumido en hondo pánico.

Los reactores ronroneaban regularmente. Debajo, desfilaba un mar de nubes. Arriba, un cielo rutilante, sin fin.

Se hallaba a una espantosa altura, sólo en medio de una enloquecedora masa confusa de instrumentos, diales, botones, palancas...

A su lado, había un casco y un micrófono conectado con una caja. Se puso el casco, colgándose el micro en torno al cuello y ajustó los auriculares.

Una corriente estática crepitaba en sus oídos. Recordó la cajita negra. El «Nublador». La arrancó del parabrisas, tirándola al suelo, y asestándole taconazos.

Cesó el ruido de aceite hirviendo, muy lejana oyó una voz:

—Repito, repito... Aquí, Control... Uno, Cuatro, Cinco, Eco. ¿Recibe? Uno, Cuatro, Cinco, Eco... ¿Me oye?

A la derecha del cuadrante había un botón rojo marcado en blanco con dos iniciales elocuentes: «R/T». Tocó Jordan el cuadrante como si temiera quemarse. Apretó el botón y gritó débilmente:

—Socorro...

Era estúpido, pero era lo único que se le ocurría. Repitió con furia:

—¡Socorro!

—Uno, Cuatro, Cinco, Eco. Le oímos. Por fin. Captamos. ¿Quién

está al mando?

Presionó nuevamente Jordan, pero el botón ya estaba encajado, dando conexión constante:

—Soy Jordan, del servicio de Seguridad Especial. Estoy solo. El piloto ha perdido los sentidos. Tardará. Por amor del cielo, háganme bajar de aquí.

Su petición sonaba como la desesperada llamada de un niño prisionero en lo alto de un enorme árbol.

—Escuche atentamente, Jordan. Está sobre una frecuencia secreta. Le conecto con un piloto que conoce perfectamente el «Viper».

Olió Jordan el acre sudor que le manaba por todo el cuerpo. Repentinos estremecimientos helados le recorrían brazos y piernas.

Una voz distinta, persuasiva, amistosa, resonó en sus auriculares:

—¿Amigo Jordan? Tenga calma. Voy a ayudarle. ¿Ha pilotado alguna vez?

—¡Nunca! ¡No tengo ni idea! ¡Además, volar me horripila!

—Bueno, nos sucede a todos, no crea —y la voz del piloto lejano se truncó en risa cordial, tranquilizante—. El «Viper» es de manejo fácil, sencillísimo. Dígame exactamente lo que sabe sobre manejo.

Pensó Jordan que aquello parecía una conferencia. Y que los retortijones podían convertirse en cólico. Replicó:

—Sé que si empujo la palanca adelante, el morro bajará y viceversa. Que los pedales lo harán virar a derecha o izquierda. Y que accionando la palanca lateralmente, el avión se inclina a izquierda o derecha.

—Magnífico. Ante todo, debe cambiar la dirección. Le seguimos por radar. Voy a conducirle. Hay un botón a la izquierda de la palanca. ¿Está puesto?

—Sí. Ella mencionó el piloto automático.

—¿Ella?

—Una mujer piloto.

—Bien. Antes de iniciar el primer viraje, soltará el botón, cuando le diga. Ponga los pies sobre los pedales. Empuñe el mango de escoba. La palanca.

Jordan se instaló con suma precaución.

—Ahora verá que es sencillo. En el centro del cuadro hay seis instrumentos en dos hileras. El del medio en la hilera alta, es el

horizonte artificial. Durante el viraje procure que el centro de la aguja blanca esté inmóvil sobre la línea blanca. Verá que esta aguja dará la posición del «Viper» con respecto al horizonte. Por eso, mírela bien. No incline demasiado el avión. Hágalo virar simplemente. No haga movimientos bruscos con los mandos. ¿Comprendió o repito?

—Creo que comprendí...

—Bien. Dentro de poco, contaré de cinco a cero. Al cero, suelte suavemente el piloto automático. Apoye el pedal de dirección derecho. Repito, derecho. Vigile su horizonte artificial. No incline de nariz. Incline suave a la derecha y continuará girando a la derecha hasta que le diga que basta. ¿Comprendido?

Las sienes la repicaban como enormes gongs. Se mojó los labios:

—Sí. Voy a probar...

—Le sigo por la pantalla aquí. No se inquiete. Es fácil. ¿Preparado?

—Pre... parado.

—Vamos allá, amigo Jordan. Atención. Conteo. Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno... Cero...

Jordan soltó el botón, y apoyó muy cuidadosamente el pie sobre el pedal derecho, empujando con mimo la palanca hacia la derecha. La aguja del horizonte artificial vibró, pero el avión no trepidaba ni escoraba.

Casi experimentaba una infantil alegría. Controlaba uno de aquellos odiosos trastos.

Terminado el viraje, su instructor le hizo nuevamente conectar el automático. De reojo miró a Irma que seguía inconsciente.

—Pronto empezará el descenso, amigo Jordan. Déjeme llamarle Ric, compañero. Se acerca a Gabarit y le dirigirá rectamente a la pista. Tenga confianza. Maneja fantástico. Fuera el automático. Poco a poco... Ahora, muy lentamente, empuje unos milímetros de palanca hacia delante... Lento... Muy bien. Mantenga así. Perfecto.

La sensación era maravillosa. Era la de potencia, de dominio.

Por vez primera en su existencia, en circunstancias que normalmente le hubieran aterrorizado hasta el colmo, Jordan sentía gozo en volar.

—Amigo Ric... Localizará ahora algunos instrumentos esenciales. Hay una plaquita que dice «Gas», y una manija. A un

lado, verá una manija similar, pero negra. ¿La ve?

—Vista.

—Magnífico, Ric. Es para hacer funcionar los alerones. Se inclinan para el aterrizaje. Tienen encaje graduado. Compruébelo. A la derecha, hay otra manija, pero roja. ¿La ve?

—La veo.

—Son los frenos de vuelo. Y por fin, hay un mango incurvado, y un botón blanco «P». Mango. Lea, amigo Ric.

—»Tren aterrizaje. Alto y bajo».

—Muy bien. El botón «P» es el paracaídas-freno. Le iré diciendo todo lo que tendrá que hacer. Es poco y fácil, colega. Maneja usted como un veterano, caramba. Cuando las ruedas rocen pista, le diré las maniobras. Bien. Vamos a empezar a bajar. Procure mantener la horizontal y en la línea de la pista, aproximándose lo más posible al extremo de la pista. ¿Comprendido?

—Chipén.

—¡Magnífico! —Y rió el piloto sinceramente—. Vamos a empezar a descender. Suelte el automático. Quiero que bajemos blandamente. Repetirá mis instrucciones a medida que las ejecute.

Notaba Jordan una calma prodigiosa. Debía ser la que sentían algunos condenados a muerte, resignados.

—Atento, Ric. Corte gas.

—Cortado gas.

—Manija roja. Saque los frenos de vuelo.

—Sacados.

—Baje morro. Si baja mucho, palanca milímetro atrás. ¿Ve el altímetro?

—¿Este trasto que gira como un reloj chiflado?

—¡Exacto, exacto! Por minuto ha de perder seis mil pies de altura... Perdón. La aguja verde debe pasar una cifra blanca cada segundo. Es fácil. Tac-tac. Seis-seis. Cinco-cinco.

—Eso, jeso es lo que hace!

—Estupendo.

El avión perforó las nubes. Jordan sintió un vacío estomacal. La tierra parecía una gran alfombra multicolor. Iban precisándose contornos.

—La pista está a su derecha. Un poco de escoba derecha... Basta... Perfecto, Ric... Manija gas encájela en muesca H... Repita.

—Encajada en muesca H.

—Manija negra. Sáquela hasta muesca Tres.

—Sacada muesca Tres.

—Son los alerones, y todo perfecto. Vea la placa «Tren Aterrizaje», y empuñe mango incurvado. Tire sin fuerza, suave, hasta que el resorte encasquille. Y déjelo así.

—Resorte encasquillado —y tres luces verdes se encendieron en el cuadro.

—Ya salieron sus ruedas, Ric. Las vemos. Toque suave pedal izquierdo. Hemos encendido balizas para hacerlo más fácil.

Podía percibir Jordan una minúscula tira gris y negra. De pronto, dos líneas de luces amarillas balizaron la pista.

—Alerones a muesca Seis, Ric. Corte gas, empujando al fondo, y suelte.

—Muesca Seis... Ya. Empujó a fondo y suelto. Ya.

—Un poco de pedal izquierdo. Siempre presente morro a la línea de pista. Eso es. Bien rectificado, compañero.

Vio una arboleda inmensa que acudía precipitadamente. Iban a ensartarle. No. Pasaba por encima. La pista galopaba a su encuentro. Iba a aplastarse como un sapo...

—Un poco atrás, un milímetro de palanca... Muy bien...

La pista negra se le echaba encima desde abajo.

El ala izquierda se inclinó. Pulsó suave la palanca y las dos alas formaron una horizontal.

El aparato dio un respingo al tocar su rueda derecha la pista. Oyó un choque a su izquierda.

—¡Paracaídas! ¡Botón blanco «P»! Atrás suave la palanca...

Aplastó Jordan la yema sobre el botón blanco. Atrajo mimosamente la palanca hasta que encajó en la posición de horizontal, aterrizaje.

El aparato volaba como un cohete deslizándose por la pista. Las barreras al otro extremo acudían a velocidad endiablada.

—Pedales libres... Poco a poco... Alerones a fondo... Manija negra... A fondo libre... Eso es... Eso es... ¡Abajo del todo manija negra! Magistral, magistral, compañero...

El «Viper» se estremeció. Chirriaron los cauchos. Y se paró el bólido a dos metros de la hierba que marcaba el final de la pista.

Jordan dejó caer ambos brazos blandamente. Se nubló el

parabrisas ante sus ojos. Y se desmayó.

Los que acudieron forzaron la puerta de la cabina.

Eric Jordan permanecía en el sillín, alelado, casi paralizado por la reacción emotiva.

No oía los insultos de Irma que intentaba desprenderse, pero los policías militares ya la ayudaban. Mordió a uno en la oreja, asestó un rodillazo a otro.

Pero por fin, la transportaron algo brutalmente.

En el depósito, al lado de la enfermería, había cuatro difuntos. Dos habían sido miembros de equipo del piloto Vanel.

El tercero era el chófer Arno. El cuarto cuerpo mostraba unas grandes orejas despegadas, que, en vida, eran distintivo de Alfred Manhed, alias Manfred.

Brazo en cabestrillo, sentado en la cama de la enfermería privada, sonrió el coronel Flambert:

—Todo acabó bien, pero es una lástima. Ya es usted popular. No podré emplearle como agente E.

Eric Jordan tenía todavía las piernas algodonosas, y sus intestinos gruñían a ratos, pero ahora resucitó del todo. Ya podía abandonar la fatídica «E» y no oíría más la palabrita «Prensa»... Nunca, nadie, ni Flambert mismo, sospecharía su duplicidad. Sonrió con suficiencia:

—En efecto, coronel. Aquí se separan nuestros caminos.

—No tanto. Tengo muchas ideas para aprovecharle. Siempre puedo utilizar a un valiente de su temple. Pocos cumplidos doy, pero se los merece.

En el cerebro de Jordan una voz bramó: «¡Ni hablar, viejo! La muerte ya llega bastante aprisa, sin tentarla».

—Creo que será preferible que deje el servicio, coronel. Me alegraría mucho...

—Pero a mí me entristecería. Imposible. Ni pensar en dejarle irse. Parece ser que en el «Viper» había un aparato muy interesante. Un «nublador» de radar. Le darán una recompensa especial. Tómese un buen mes de vacaciones. Luego, hablaremos.

La voz mental aconsejó: «Dile que sí, chico. Pero vete al Japón, o a Rodesia... Lo más lejos posible. Apenas cobres la recompensa ésa».

Volvió a entrar la enfermera. Rubia, sonrosada, ojazos azules,

cutis de natilla, curvas de odalisca.

—¿Necesita algo, coronel Flambert?

—Yo no. ¿Y usted, Ric?

Ella le miraba con expresión embobada. Era un héroe. Un as del contraespionaje. Demoledor. Piloto improvisado.

Salió ella muy lentamente. Flambert guiñó un ojo:

—A por ella, jabato. Se llama Janine.

Eric Jordan salió. No había nadie en el pasillo. Solamente la enfermera. Alta, esbelta, de talle, piernas, cuello y brazos. Compacta donde debía serlo.

Pestañeó casi ruborosa, impresionada por la figura del héroe.

—¿Qué tal, Janine?

—Yo, bien. ¿Y usted, Ric?

—Oiga... Tengo una temporada de descanso... Consiga usted un par de semanas de vacaciones. Y podríamos recorrer campiña, playas, ¿eh?

—Es usted muy rápido y sin rodeos, Ric. No es posible que yo... Claro, un hombre que nunca sabe si vivirá al minuto siguiente, tiene prisa.

Hasta entonces Ric sonreía agradablemente. La idea de que le considerasen un suicida constante, era tan absurda, tan incrédula...

Sus ojos se helaron. La comisura de sus labios se torció en rictus.

Janine, escalofriada y a la vez seducida, musitó:

—No se enoje, Ric... Iré con usted donde quiera, cuando quiera...

—Así se habla, guapa. Y empiezo a cansarme de ser soltero. Tienes el tipo ideal para mí. La esposa sumisa, dulce, femenina a más no poder... ¿Quién sabe? Cosas más raras he visto. Palabra.

FIN



LA PELÍCULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que Cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

LOS GANGSTERS



Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

fans...



6 pesetas todas las semanas
La revista de la canción

es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

NOTAS

[1] El servicio francés del contraespionaje es conocido por Segundo Despacho. < <